

TIEMPO DE HABLAR
TIEMPO DE ACTUAR

83

4 Trimestre 2000

Jerónimo

Podestá

**TIEMPO DE HABLAR
TIEMPO DE ACTUAR**

revista del
movimiento pro celibato opcional
MOCEOP

coordinador

josé luis alfaro cuadrado

arc. s. gabriel 9,1º b

02002 albacete

967.66.06.97

CUADRADO@mail.ono.es

equipo de redacción:

ramón alario - josé a. carmona

jesús chinarro - andrés garcía

mª luisa g. de salazar

amparo gonzález

jesús marqués - deme orte

ángela jiménez - juani palacios

domingo perez - pedro sánchez

josé maría marín

ignacio spuche -

fernando bermúdez

dirección postal

moceop

apartado 467

albacete - españa

e-mail

moceop@arrakis.es

moceop@mail.ono.es

ayudas económicas

cc:3056.0490.23.020003468

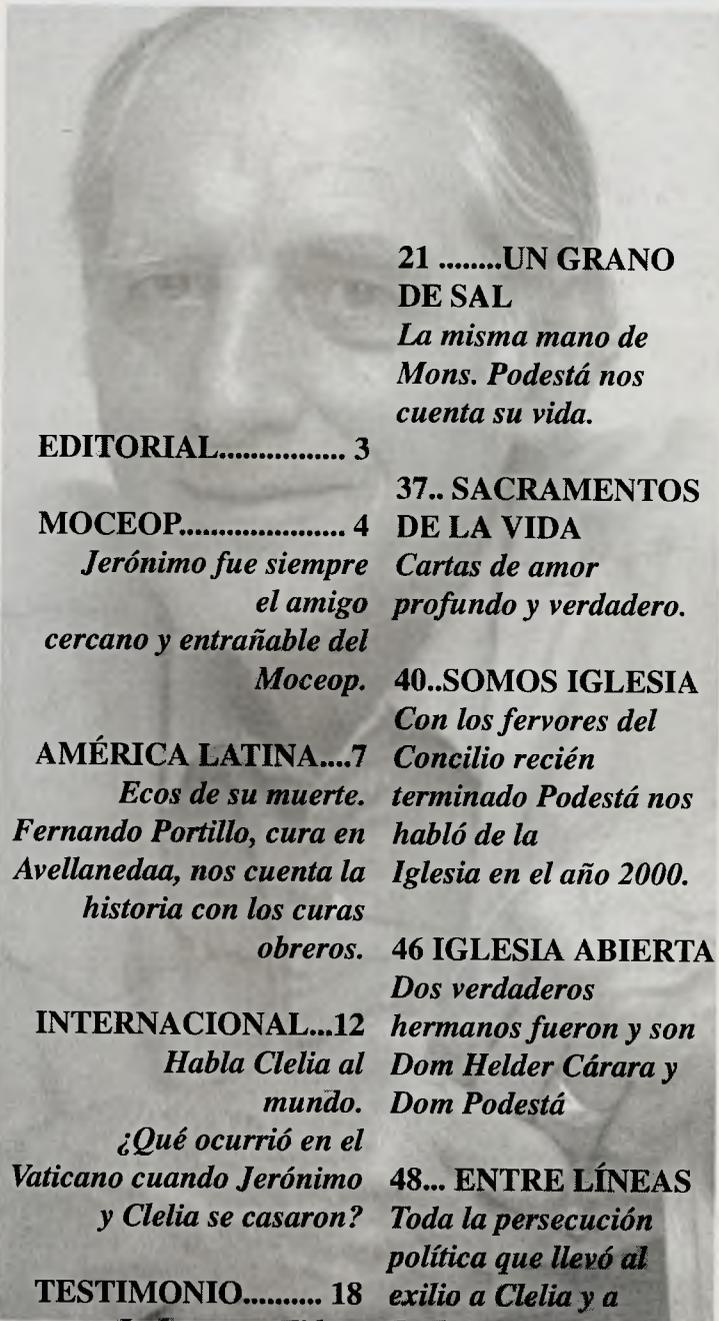
caja rural de aguasnuevas

albacete

página web

www.moceop.com

SUMARIO



| | |
|---------------------------|---|
| 21 | UN GRANO DE SAL |
| | <i>La misma mano de Mons. Podestá nos cuenta su vida.</i> |
| EDITORIAL..... | 3 |
| MOCEOP..... | 4 |
| | <i>Jerónimo fue siempre el amigo cercano y entrañable del Moceop.</i> |
| AMÉRICA LATINA.... | 7 |
| | <i>Ecos de su muerte. Fernando Portillo, cura en Avellaneda, nos cuenta la historia con los curas obreros.</i> |
| INTERNACIONAL...12 | |
| | <i>Habla Clelia al mundo. ¿Qué ocurrió en el Vaticano cuando Jerónimo y Clelia se casaron?</i> |
| TESTIMONIO..... | 18 |
| | <i>Le hemos pedido a Clelia que nos dijera lo que significó vivir con Jerónimo.</i> |
| 21..... | CARTAS |
| | 37.. SACRAMENTOS DE LA VIDA |
| | <i>Cartas de amor profundo y verdadero.</i> |
| 40..SOMOS IGLESIA | |
| | <i>Con los fervores del Concilio recién terminado Podestá nos habló de la Iglesia en el año 2000.</i> |
| 46 IGLESIA ABIERTA | |
| | <i>Dos verdaderos hermanos fueron y son Dom Helder Cárara y Dom Podestá</i> |
| 48... ENTRE LÍNEAS | |
| | <i>Toda la persecución política que llevó al exilio a Clelia y a Jerónimo por defender la justicia y la libertad.</i> |

EDITORIAL

JERÓNIMO, TESTIGO DE JESÚS

Clelia, tu querida Clelia, decía de ti:
*“se cruzó al bando de los que no se atan al poder y a la institución,
 sino a Cristo y al Evangelio para ser verdaderamente libre”.*

Y por eso has dado tu vida, Jerónimo, testigo de Jesús, amigo de la verdad, signo de comunión. No has querido las pompas y las comodidades. Ni el boato y la arrogancia. Elegiste a los pobres.... y a la libertad.

Tu barca, Jerónimo, es frágil. Pero navega libre.

Detrás de tu cuerpo grandote se escondía un niño débil... y dulce.

De tus manos huesudas no salían condenas. Derramabas bendiciones y caricias.

Te querían en el bando del poder, en la poltrona de la institución, en el orden de los “de siempre”.

Pero tú, querido Jerónimo, has elegido a Jesús, el de Nazaret, el del Evangelio, el de las Bienaventuranzas.

Jerónimo, amigo, te has cambiado porque Jesús te ha tocado. Y te has dejado tocar. Bendices, porque El te ha bendecido. Acaricias, porque has sentido su caricia.

Desde TIEMPO DE HABLAR, al que tu propuesta añadió lo de TIEMPO DE ACTUAR, queremos brindarte el pequeño homenaje de un número sólo para ti. Te mereces mucho más.

Tú que querías, y tantas veces lo habías dicho, que esta revista fuera vocera de tus palabras. De tus luchas y de tus esperanzas.

Gracias, querido Jerónimo, por cambiarte de bando.

Gracias, Jerónimo, por situarte en el bando de los pobres y marginados. De los marginales.

Gracias, Jerónimo, por situarte en el bando de los pequeños. De Cristo y de su Evangelio.

Jerónimo, amigo, testigo de Jesús.

Siempre has sido libre.

Te queremos así: testigo de Jesús.

Con la seguridad de tus propias palabras:

*«Y así estamos hoy en permanente
 actitud de disponibilidad
 y seguros de que estamos anunciando
 un valor con el que el mundo
 debe enriquecerse»*



MOCEOP

JERÓNIMO, BUEN AMIGO

Hablar de Jerónimo es fácil y grato, porque era transparente hasta el alma y porque se hacía querer.

Decir que Jerónimo ha sido un gran hombre para su país, para la Iglesia, para el pueblo en unos tiempos y circunstancias difíciles no es caer en el tópico de la alabanza póstuma. Lo están reconociendo los medios de comunicación, personas importantes y públicas y las gentes sencillas que conocían su trayectoria vital: Jerónimo, gran creyente, obispo de Avellaneda sin báculo de poder ni mitra de casta, renovador eclesial, creador de conciencia social y nacional, etc.. etc...

Los que hemos convivido con él y con Clelia más de cerca y hemos compartido momentos experienciales damos fe de que Jerónimo ha sido el testigo de la urgencia de un mundo distinto, con otros valores, con otras perspectivas; testimonio que dio con sudor y lágrimas, en medio de la difamación, las conjuras vaticanas, la persecución política, la muerte civil, el exilio y la más dura pobreza material.

Pero nosotros queremos rememorar, sobre todo, al Jerónimo íntimo, doméstico, familiar, el del día a día. ¿Cómo era Jerónimo en la intimidad, en la cercanía?

Jerónimo era un buen amigo. Tenía un convivir fácil, sencillo, sincero y fluido. Te sentías a gusto a su lado con su forma de ser, su hablar pausado, su charla, su humor. Era un gran conversador; tenía acumulada una gran cultura y poseía una memoria pormenorizada. Clelia decía que era “el libro gordo

de Petete”. Se leía los periódicos de cabo a rabo, hasta las noticias necrológicas, según Clelia. A los dos o tres días de estar en un país o ciudad se ponía al corriente de la vida social y ciudadana. Y era un conversador agradable, porque escuchaba mucho y dejaba hablar a los interlocutores de sus intereses: trabajo, familia, preocupaciones... Estaba muy atento a los detalles humanos.

Jerónimo, como buen amigo, era generoso y agradecido. No tenía nada propio. Todo lo compartía. Era desprendido. Nunca tuvo apego ni al poder ni al dinero, que le hubiera sido fácil. Se le notaba que era incapaz de aprovecharse de su puesto y posición en beneficio propio o de prestarse a ningún manejo sucio, aunque se invocase el bien de la Iglesia. Al final, la familia le dejó sin nada y la Iglesia lo dejó a la intemperie.

En su vida diaria, en su proceder espontáneo, ayudar, colaborar era lo más natural. Y no molestar. Tenía un gran respeto. En una de sus estancias en nuestra casa, una noche tuvimos que llevarle, a la fuerza, al hospital por un problema de salud. Quería esperar a la mañana por no molestar. Y en el mismo hospital quería bajarse de la camilla para ayudar al enfermero, porque se había atascado la camilla al entrar en el ascensor.

Era también un hombre vitalista. Disfrutaba de todo con fruición, saboreaba las cosas, los momentos. Cualquier comida que le pusieras, todo le gustaba, todo lo aprovechaba, hasta el caldillo de los espárragos en lata. “Pero mira qué cosa tan exquisita nos ha preparado Tere”, decía de unas lentejas mondas y lirondas. Observaba detenidamente el paisaje, la arquitectura, los animales... y de todo

extraía su valor. Y lo retenía en su vivencia. Varias veces nos contaba sus escapadas por los Picos de Europa, cuando estaba estudiando en Comillas. Revivía su experiencia, después de cuarenta años, contando detalles de las gentes de esa tierra, de su orografía, su folklore, cultura, gastronomía.

Recordamos también con fuerza su ternura, su afectividad, su dulzura. Físicamente era un hombre alto, de constitución fuerte, pero suave, delicado, amoroso. Quería mucho a Clelia y a sus hijas. Fue un auténtico padre para ellas y ellas así lo vivían. Con los cercanos era entrañable. Toda su humanidad física se transformaba en cariño: “les echamos de menos, los sentimos, *los extrañamos*”, eran sus expresiones.

Y hablando de su físico, sus manos. ¿Qué tenían las manos de Jerónimo? Eran muy grandes, pero muy tiernas; eran fuertes, pero muy suaves. Nosotros tenemos la certeza de que sus manos, además de cordiales, eran portadoras de energía sanadora. Transmitían curación. Tere la experimentó en una pequeña flebitis en una pierna a través de una imposición de sus manos. Jerónimo daba mucho la mano, las imponía, hacía la cruz con ellas en la frente. Clelia y él siempre iban cogidos de la mano. Jerónimo tenía buenas manos.

En el coloquio familiar Jerónimo hablaba mucho de la Iglesia; la Iglesia era su gran amor y su gran dolor; dos sentimientos muy fuertes. Quería a la Iglesia, comunidad de hermanos, pueblo de Dios; le dolía la Iglesia institución, jerarquizada, clericalizada, le dolían sus hermanos obispos, sus

pecados. Le dolía la Iglesia, pero no podía dejar de quererla. Tenía las cosas muy claras sobre la Iglesia, su futuro, sus necesidades. El actor José Sacristán, amigo de Clelia y Jerónimo, les proponía en una de sus tertulias que dejaran la Iglesia, porque a ellos no les servía, les había hecho daño y no la iban a cambiar. Jerónimo (igual que Clelia) le dijo que todavía soñaba con una Iglesia más igualitaria y fraterna. En este aspecto, cuando le recordábamos el daño que había recibido del Papa, la curia vaticana, el episcopado argentino, aun reconociendo el mal trato y la injusticia sufrida, en ocasiones quería disculpar y decía: “déjenles, quizás no podían hacer otra cosa”. Y lo decía sin rencor, sin atisbos de venganza, lo que demostraba, por otra parte, su grandeza de espíritu pacificador. Porque Jerónimo también era un hombre de paz, pacífico y pacificador. Su quietud de espíritu creaba a su alrededor bonanza, relax.

Pero esto no quiere decir que fuera un estoico y un flojo. Jerónimo era muy firme en sus decisiones y en sus convicciones. Era fuerte contra la maldad y aun en medio de su dulzura, paz, perdón, comprensión, era insobornable y recio luchador de la justicia y la verdad.

Trabajador y viajero infatigable hasta el final siempre estaba disponible y preparado para escribir, charlar o acudir al país, congreso o reunión que se le pedía. Se sentía enviado. Hizo de su diócesis fantasma de Orrea de Anínico, que le asignaron después de suspendido, la diócesis de la diáspora, donde cabían todas las personas de buena voluntad y todas las causas nobles injustamente tratadas u olvidadas. Eso sí, siempre que el tiempo se lo permitía, no perdonaba la siesta, “gran invento de los gallegos”, decía.

Un recuerdo más: la valoración, respeto y delicadeza que mostraba hacia la mujer. Su encuentro con Clelia le hizo descubrir en profundidad el amor, la riqueza de lo femenino y el valor de su aporte. Él insistía mucho en que la mujer tenía que estar en primera fila. A Clelia y a Tere nos decía que teníamos que gritar fuerte para que se nos oiga y, a la



vez, acallar al macho.

Lo dicho aquí de Jerónimo es sólo una parte muy pequeña de su riqueza vivencial. Además hay sentimientos, momentos, que es difícil explicarlos. Para nosotros compartir algunos retazos de su vida fue muy gratificante y, a la vez, estimulante. Y creemos que su gran humanidad, su lucha, sus valores, sus sueños merecen, no sólo un recuerdo, sino una memoria permanente. Hay que mantener vivo a Jerónimo; hay que hacerle viajar por el mundo, por la Iglesia, por internet, hasta las estrellas. Su mensaje y sueño, compartido con Helder Cámara, de una Iglesia nueva nacida del Concilio Jerusalén II, se debe realizar ya. Él, que no quiso ser líder ni liderar ninguna iglesia paralela, como se le pidió por gentes y grupos, puede, desde su nueva dimensión, estimular y potenciar la nueva pascua eclesial, que buena falta hace.

Para esta nueva Iglesia, para una nueva humanidad, nosotros pedimos la intercesión del buen amigo Jerónimo con una rosa roja, al estilo Clelia. Clelia, en los momentos más difíciles, convino con Dios en la oración que cada decisión que tomara se le confirmara que era acertada, ofreciéndole alguien cercano una rosa roja. Y recibió varias, de sus hijas, de sus amigos, al decidir la separación de su marido, la convivencia con Jerónimo, la custodia de sus hijas...

Jerónimo, con la rosa roja que te ofrecemos te queremos decir que para nosotros tu vida fue un acierto: acertaste en la misión eclesial, acertaste en la elección social, acertaste en la unión con Clelia, acertaste en la función de la diáspora. En realidad, son varias rosas rojas.

Jerónimo, esta o estas rosas rojas te las entregamos aquí en la terraza de nuestro pequeño jardín casero, donde sigues estando, donde te vemos, como otras veces, escribiendo una carta abierta al Papa, o preparando una entrevista para televisión o radio, o charlando entre nosotros o mirando simplemente el horizonte que se divisa, que casualmente tú sabes que es el oriente. No te vayas. Quédate. Estamos preparando otra taza de mate. Clelia te acompaña. Y no te olvides de una cosa: Clelia espera tu rosa roja. Nosotros también esperamos tu rosa roja personal.

Tere y Andrés
Getafe

JERÓNIMO

¡Que suerte inmensa haberte encontrado, querido Jerónimo!

¡Que suerte inmensa haber mirado tus ojos!

¡Que suerte inmensa haber sentido el calor de tus manos!

¡Que suerte inmensa haber escuchado tu voz pausada... y tu voz enardecida!

Aún siento la fuerza de tus palabras en la Eucaristía de clausura del Congreso en Brasilia.

¡Que pasión! ¡Que cariño por la Iglesia!

¿Cómo no recordar el tono apasionado cuando hablabas de tus hermanos los obispos?

¿Cómo no sentir la fuerza con que nos hablabas a tus queridos hermanos sacerdotes casados?

En ti, querido Jerónimo, todo era auténtico. Todo ha sido fuerte.

En una de tus cartas a Clelia le decías:

“el que ama de verdad, elige a una persona no por lo que es, sino por ser “quien” es. Por eso el amor tiene siempre el sabor de lo más íntimo, de lo maravilloso, es un encuentro en las profundidades del ser, en la profundidad de la persona. El amor es un Don, es una Gracia. El amor es el descubrimiento de una vocación común”.

¡Que suerte inmensa haberte encontrado, querido Jerónimo!

Todavía me tiembla la voz cuando a alguien le relato mi primer encuentro contigo. ¿Recuerdas? Fue en un parque de Albacete; las ardillas correteaban por los árboles. Tu mano y la de Clelia, entrelazadas. Yo como un niño bebía de tu mirada y quedamente escuchaba tus palabras. Las ardillas correteaban y tu recordabas:

“Todo me lleva a vos, lo espiritual y lo humano; la misa, las oraciones, la lectura, y también lo sensible, la naturaleza, los paisajes, los ejercicios y el descanso.”

Gracias, Jerónimo amigo. Siempre que veo corretear a una ardilla, en mí resuenan cantos de libertad, añoranzas de una mañana otoñal en un parque. Tu y Clelia... de la mano... hablando de Dios.

Andrés García

Clarín X
digitalA los 79 años murió Jerónimo
Podestá, el obispo que se casó

Pese al escándalo que provocó en su momento la difusión de que el entonces obispo de Avellaneda, Jerónimo Podestá, tenía una relación sentimental con su secretaria, Clelia Luro, **los lazos** de aquél con la Iglesia nunca se cortaron totalmente.

Por lo pronto, el Vaticano **no lo excomulgó** por esa situación. Ni siquiera lo «redujo al estado laical» (supresión de las exigencias sacerdotales), sino que lo suspendió en el ejercicio de su ministerio religioso. De hecho, **siguió siendo obispo**.

El propio papa Paulo VI accedió a recibir a Podestá cuando éste viajó a Roma con el fin de **exponerle su caso**. Pero la reunión se concretó a solas y no como el obispo quería, asistir con su compañera, lo que no era aceptado por el Pontífice.

Sábado 24 de junio de 2000

Sus lazos con la
Iglesia no se
cortaron

Sábado 24 de junio de 2000

FUE OBISPO DE AVELLANEDA ENTRE 1963 Y 1967

A los 79 años murió
Jerónimo Podestá,
el obispo que se casó

Presidía la Federación Latinoamericana de Sacerdotes Casados. Fue un teólogo destacado y quería que el celibato sacerdotal fuera opcional. Desde 1967 estaba suspendido en el ejercicio de su ministerio sacerdotal.

Quiero agradecer al Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Jorge Bergoglio, que él sí, supo portarse como un **verdadero hermano**, visitándolo en el Sannatorio San Camilo, y pidiendo a las Hermanas que me dejaran permanecer (en Terapia Intensiva fuera de los horarios estipulados por el sistema de visita) al lado de Jerónimo y acompañarlo de mi mano hasta que su alma decidió partir a la Paz.

Clelia Luro de Podestá. DNI 0210760

Fue una historia de amor tan osada para la época que **superó** la audacia de los autores de entonces. Aún hoy sacudiría a propios y extraños. De hecho, pasaron muchos años hasta que finalmente la situación se colocó con fuerza en una famosa película: **El pájaro canta hasta morir**. Porque Jerónimo Podestá, al confesar su amor por su secretaria, Clelia Luro, actualizó —y cómo!— la **polémica eterna** sobre el celibato sacerdotal. Se entiende: cuando confirmó su decisión de vivir en pareja con Clelia, allá por 1967, Podestá

era el obispo de Avellaneda. Por eso debió dejar el obispado.

Ayer, a los 79 años, al apagarse su vida debido a un infarto, acompañado por su amada Clelia, confirmó el título del filme. El también cantó hasta morir.

Pero su vida fue mucho más que un escándalo. Porque no fue sólo la confesión de un **amor prohibido**. En todo caso, su espectacular revelación fue el hecho más impactante de una vida entregada con

firmeza y valentía a sus convicciones: la defensa de la **dignidad de los pobres** y la lucha por el **celibato sacerdotal opcional**, como que llegó a presidir una Federación Latinoamericana de Sacerdotes Casados.

Por lo pronto, Jerónimo fue desde siempre un sacerdote **intelectual y humanamente sobresaliente**. Lo reconocían anoche a **Clarín** empinados sacerdotes que lo conocieron. Nacido en Ramos Mejía un 8 de agosto de 1920, egresó 26 años después del seminario de La Plata. Licenciado en derecho canónico y teología, también estudio en la Universidad Gregoriana de Roma y llegó a ser un teólogo destacado. «Jerónimo era más que un experto en teología, fue **un creador de teología**, de una bondad enorme», lo describió una fuente eclesiástica.

Amistades

Camarada del cardenal Raúl Primatesta y de monseñor Jorge Mejía, actual director de la biblioteca vaticana, Podestá cultivó una entrañable amistad con los cardenales Eduardo Pironio y Antonio Quarracino, afecto recíproco que prosiguió aun después de que aquél renunció al obispado de Avellaneda. Paralelamente, comenzó a erigirse en una voz decidida y potente para denunciar las injusticias sociales y apoyar el compromiso de los sacerdotes con las reivindicaciones populares, en tiempos de creciente agitación política.

Tanto fue así que se afirma que el entonces gobierno militar, encabezado por el general Juan Carlos Onganía, aceleró el desplazamiento de Podestá del obispado y su camino al exilio eclesiástico. Otros, en cambio, creen que la Casa Rosada sólo se limitió a esperar, restregándose las manos, la caída del «obispo rojo». Eran tiempos en los que Podestá vaticinaba, con singular clarividencia, que «se venían **tiempos muy duros** para la dignidad humana», en alusión a la represión de Estado que se desató en el país varios años después,

tras el golpe de 1976.

Pero el desagrado que su figura producía en los sectores militares y de la derecha política no acabarían con su salida del obispado. En 1974, Podestá, luego de ser amenazado por la Triple A, debió dejar el país, junto con Clelia y las seis hijas del primer matrimonio de ella. En 1978, regresó al país, pero sólo por unos meses, ya que no era persona grata para las autoridades militares. París, Roma, México y Perú, se contaron entre sus lugares de exilio. Finalmente, pudo volver a radicarse definitivamente en el país en 1983, con el retorno de la democracia.

Paralelamente, Podestá siempre siguió reivindicando su condición sacerdotal, que, de hecho, nunca se pierde. Así, declaró en 1996: «Sin la menor duda, yo tengo la formación tradicionalísima de la Iglesia, que dice: tu eres sacerdote para siempre. Lo primordial es esa elección interior: ¡Yo quiero ser sacerdote!. ¿Y por qué? Porque quiero enseñar el bien, la enseñanza de Jesucristo». Y, pese a que fue suspendido «ad divinis» en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, Podestá no se daba por vencido: «Celebró misa en el patio de mi casa», solía decir.

Pero admitía que debía «suplir una laguna» eclesiástica como el celibato sacerdotal. Por eso, cuando su caso salió a la luz, viajó a Roma para exponer su caso ante el papa Paulo VI. Pero no lo logró: quería ir a la audiencia con Clelia. A poco de regresar al país desilusionado —«En el Vaticano, en vez de hacerme retroceder en mi actitud, me empujaron», dijo—, el entonces nuncio, Humberto Mozzoni, **le pidió la renuncia**. Lo que hizo luego de pensarlo unos días.

Empero, su suspensión no implicó que perdiera su condición de obispo. Nunca fue excomulgado ni «reducido al estado laical», con lo que hubiera perdido las exigencias del sacerdocio. Pero, sobre todo, no perdió el reconocimiento como luchador.

El Obispo Jerónimo Podestá y los Curas Obreros de Argentina

Fernando Portillo

Antes será bueno trazar una semblanza de la diócesis de Avellaneda (aledaña a la Capital Federal en el Gran Buenos Aires) y de la década del "60", en que ocurrieron los hechos y acontecimientos aquí descriptos, dentro del cuadro nacional.

La tónica eclesial argentina, en términos generales y casi sin excepciones, era altamente conservadora aferrada a prácticas arcaicas, ataviadas de "tradicionales", que por supuesto respondían a la mentalidad de Obispos y Presbíteros así formados. Las organizaciones más comprometidas con la acción pastoral eran la Acción Católica y la Juventud Obrera Católica.

La A.C.A. fundada en 1931 estaba organizada según el modelo de la A. C. Italiana; muy pujante en los años 40 y 50, dio una buena cantidad de militantes y dirigentes que se incorporaron luego a la acción política; en lo pastoral muy encerrada en el ámbito eclesiástico fue decayendo en las décadas siguientes y hoy vegeta cada vez más lánguida.

La J.O.C. nació en 1941, no reconocida como Acción Católica oficial, pero con una gran fuerza mística, acompañada por asesores entusiastas que, a partir de 1951 realizaron anualmente la Semana de Pastoral Jocista, con participación de numerosos curas, incluso no asesores de la J.O.C., que encontraron allí un ámbito donde dialogar sobre la problemática obrera y también la presbiteral. Mons. Enrique Angelleli (asesinado luego por la dictadura militar en 1976, simulando un accidente carretero) fue uno de los grandes asesores que tuvo el movimiento obrero y luego un valiente Pastor que denunció incansablemente las atrocidades del régimen cuando la mayoría de los Obispos guardaba cómplice silencio. Por eso su

martirio.

La J.O.C. desapareció definitivamente a fines de los 60, por causas similares a las de la A.C., pero no sin haber dado antes una pléyade de militantes y dirigentes sindicales en el plano nacional e internacional. No pocos sufrieron también la persecución y cárcel de la dictadura militar a causa de su militancia, y recuerdo especialmente a José Palacio, antiguo Presidente nacional del Movimiento y extraordinario dirigente sindical, que fue secuestrado mientras esperaba el transporte que lo llevara a la Ford (donde trabajaba y cuyos directivos, en complicidad con los militares, lo habían denunciado como subversivo), y nunca más reapareció, como tantos otros desaparecidos. También de las filas de la J.O.C. surgieron dos Obispos uno que murió tiempo atrás relativamente joven y otro, que fue Presidente Nacional antes de ingresar al Seminario y es actualmente Obispo muy conservador en una populosa diócesis del conurbano bonaerense, cerca de la Capital Federal. Ninguno de los dos se ha distinguido por su acción pastoral entre la clase obrera, ni junto a los pobres.

En este contexto, Avellaneda es una ciudad de alrededor de medio millón de habitantes, zona de barracas de cueros y lanas, establecimientos frigoríficos, industrias y fábricas de diversos rubros, zona urbana comercial y residencial y barrios periféricos pobres y también villas de emergencia (chabolas), con una actividad intensa y variada.

El obispado fue creado en 1961 y su primer Obispo Mons. Emilio Di Pasquo, que fue el fundador y primer Asesor General de la J.O.C. antes de ser consagrado Obispo, y de quien yo

amigo por haber trabajado juntos en la J.O.C. ya que fui Asesor General de la Diócesis de San Juan.

Mi Arzobispo de San Juan conocía mi deseo de ser cura obrero desde que estaba en 1º de Teología, aprobaba plenamente mi deseo y aceptaba (aunque éramos pocos clérigos en San Juan) que buscara un lugar más adecuado para establecer la misión obrera en ambiente fabril.

Apenas nombraron a Di Pasquo en Avellaneda lo llamé para hacerle la propuesta, puesto que él ya conocía también mi propósito. En Noviembre me autorizó por escrito, porque mi pretensión era que fuera misión oficial de la Iglesia, como cualquier otro ministerio pastoral.

Di Pasquo falleció el 9 de Abril de 1962, cuando yo aún no había comenzado. Me presenté al Vicario Capitulador de la diócesis, Hugo Orsi que me recordó, porque años atrás había participado en una charla sobre los curas obreros a la que fui invitado en el Seminario de La Plata. Aceptó que comenzara hasta que fuera nombrado el nuevo Obispo y resolviera en definitiva, brindándome un extraordinario apoyo en todo sentido, incluso para encontrar alojamiento y mi primer trabajo allí. Enseguida se me unió un Diácono que estaba esperando para recibir el Presbiterado.

Por esa época llegaron a Buenos Aires tres

miembros de la Misión de Francia, uno de ellos era Paco Huidobro, un asturiano, cuya familia se exilió en Francia durante el Franquismo siendo él adolescente aún. Lo había conocido en Marsella donde era estibador en el puerto en 1957. Aunque los otros querían encarar otra tarea pastoral, Paco me buscó y consiguió que le aceptaran sus compañeros incorporarse a nuestro equipo.

Allí apareció providencialmente Jerónimo Podestá, nombrado y consagrado Obispo de Avellaneda en Diciembre de 1962, haciéndose cargo de la diócesis en Abril o Mayo de 1963. También nos habíamos conocido a través de la J.O.C. hacía varios años. Aprobó lo que estábamos haciendo y de acuerdo a nuestra propuesta nos constituyó oficialmente como Equipo de la Misión Obrera, donde poco después se unieron otros dos o tres compañeros. Aunque vivíamos separados y trabajábamos en distintos lugares, nos reuníamos todas las semanas para celebrar juntos, hacer revisión de vida y comer mientras intercambiábamos experiencias.

Salvo excepciones, Jerónimo nos acompañaba y compartía nuestra reunión semanal con una gran simplicidad fraternal y con mucho respeto por nuestras opciones y decisiones, sin dejar de dar su opinión. Eran reuniones muy agradables y reconfortantes, aunque algunas veces surgieran conflictos o enfoques divergentes con el Obispo, como ocurrió en el caso de una huelga en la fábrica de unos patrones "muy católicos", donde Paco era el Delegado gremial y Jerónimo no estaba de acuerdo, pero el Equipo decidió que la decisión final correspondía a Paco que era quien trabajaba allí y conocía a fondo el problema y la situación de los compañeros de trabajo. El equipo recibió el apoyo de otro montón de curas que trabajaban en Villas de Emergencia y que fueron a la puerta de la Fábrica en apoyo de la gente. Fuera de esa situación transitoria, la relación fue siempre muy cordial y sincera con Jerónimo; cualquiera de nosotros llegaba al Obispado cuando disponía de un tiempo o tenía algún tema que quería charlar o consultar con Jerónimo, mientras tomábamos unos buenos mates y compartíamos un rato de intimidad y amistad. Tal vez esto último del mate y la intimidad de nuestra amistad era lo más importante de nuestra relación con él, aunque no recibiéramos ninguna otra cosa, ni lo pretendíamos, para no agobiar su tarea



que era bastante ardua, tanto en el interior de la Diócesis, como en la relación con sus “hermanos en el episcopado” y no pocas veces con las autoridades a quienes no les gustaba que se “entrometiera” en los conflictos para apoyar a la gente, o anduviera visitando barrios o fábricas o comiendo con los obreros en el puerto o en la puerta de las fábricas. Eso lo hizo muy popular y querido entre la gente y también sirvió de apoyo a muchos que llegaron a Avellaneda buscando comprensión. Este fue el primer Equipo constituido oficialmente como Misión Obrera en la Argentina. Simultáneamente, ya habían surgido algunos compañeros que también habían comenzado individualmente a trabajar como operarios: tal es el caso, por ejemplo, de Luis Sánchez, obrero gráfico, y ahora jubilado y Párroco en Avellaneda; y de Eliseo Morales, que fue mucho tiempo pintor de albañilería y actualmente tiene un hogar de jóvenes con una imprenta, con cuyos ingresos mantienen modestamente una hermosa obra entre los “chicos de la calle”, también en una zona de Avellaneda. Por allí también anduvo en tiempos de Jerónimo, Andrés Lanson, de los Presbíteros del Prado y tuve la oportunidad de recibir en mi casa a Mons. Alfredo Ancel, que retribuyó así la visita que yo le había hecho en su taller en Lyon en 1957, donde pasé un día entero con él.

Lamentablemente el Equipo se deshizo a fines de 1967, después que Jerónimo, asediado por presiones y maniobras de toda índole se vio obligado a dejar la Diócesis.

Faltos de apoyo los curas obreros se disgregaron, Paco quedó solo y luego se radicó en un barrio pobre donde ya venía trabajando pastoralmente. Allí, en Villa Corina, organizó una Parroquia, construyendo el templo (después de jubilarse como obrero de una barraca de lanas y cueros), y donde continúa hasta el presente haciendo su labor pastoral.

¿Cómo se explica esta sintonía de Jerónimo con la clase obrera y la pastoral popular? Por su familia era de extracción burguesa acomodada. Era lo que se suele llamar un intelectual. Estudiante de Medicina, entró

grande al Seminario, fue enviado a doctorarse en la Gregoriana de Roma y, una vez ordenado, quedó en el Seminario como Profesor y luego como superior, alternando con funciones y cargos en la Curia del Arzobispado de La Plata, donde terminó como Vicario General, antes de ser nombrado Obispo de Avellaneda. Desde esta perspectiva la pregunta no tiene respuesta. Pero ocurrió que en el Seminario tuvo un Profesor de Teología muy prestigioso y querido, que antes de ser Obispo, fue fundador y Asesor de la J.O.C. del Arzobispado de La Plata y “teólogo” de la Pastoral Jocista en la Argentina, Enrique Rau. Bajo su inspiración un buen grupo de sus alumnos se enganchó en la Pastoral Obrera y, entre ellos, Jerónimo, quien, como Asesor jocista fue entrando paulatinamente en el fuego del compromiso con la clase obrera.

Esto se complementó en él con su amor por la gente, su interés por todos aquéllos que necesitaran ayuda o consejo, su sensibilidad para reaccionar contra la injusticia en cualquiera de sus formas y contra todo lo que atentara contra la dignidad de la persona. Eso lo llevó a constituirse en defensor de los derechos humanos durante la dictadura, acompañando todos los movimientos en ese sentido, lo cual en definitiva le valió el exilio, junto con Clelia, hasta el fin de la sangrienta y criminal dictadura, que asoló nuestro país desde el 24 de Marzo de 1976 hasta el 10 de Diciembre de 1983.

Como Dios dispone sabiamente las cosas, este exilio sirvió a Jerónimo y Clelia para entrar en contacto con el Movimiento Internacional de Presbíteros casados, en un definitivo compromiso.

En conclusión, lo que distinguió fundamentalmente a Jerónimo a lo largo de su vida y en todo lo que hizo, fue su profunda afectividad enraizada en una sólida espiritualidad, que dio consistencia y fecundidad a su estructura humana. Sentía, comprendía, amaba y sabía transmitirlo a su alrededor, en una cálida amistad, inteligente y respetuosa.

Este es mi recuerdo de Jerónimo y su relación con los curas obreros.

Mi testimonio no es imparcial porque lo quiero y sólo puedo recordarlo con profundo afecto.

INTERNACIONAL

Buenos Aires, septiembre de 2000

Queridos todos:

En lugar de enviarles circulares, quiero llegar a ustedes con el corazón; de verdad para mí aunque quizá no lo sepan son una gran fuerza a la distancia... Siempre los recuerdo a todos y a cada uno. Cuando por las noches la ausencia de Jerónimo se hace sentir con mayor fuerza, cuando en soledad en mi dormitorio mientras todos duermen o continúan con sus vidas y tomo mayor conciencia de esta mi nueva, difícil y dolorosa realidad de caminar para siempre en este Planeta sin él, entonces los recorro a todos ustedes, desde España y los países de Europa por donde hemos caminado de la mano con Jerónimo, hasta por todos los países de Latinoamérica que hemos recorrido con tanto amor e ilusión, también Atlanta nuestro último Congreso adonde Jerónimo haciendo un esfuerzo con su salud que comenzaba a fatigarlo asistió con tanta empeño... Todos se me hacen presentes y es entonces cuando me calmo y trato de dialogar

Hoy es día de San Jerónimo, dentro de un rato comenzaran a venir algunos curas y amigos a celebrar

He recibido muy lindas palabras de aliento de tantos de ustedes, algún día me pondré a comunicarme individualmente con cada uno, sería tan lindo si no fuera por la distancia verlos aparecer por nuestra puerta. Tantas veces soñábamos con Jerónimo cuando por las tardes estando tranquilos en el patio de nuestra casa nos imaginábamos viéndolos entrar. Realmente su corazón de obispo sentía fuertemente su Diócesis, la Diáspora..

Todo este tiempo desde que él partió he estado recorriendo sus últimos escritos separándolos por temas. Quisiera hacer una recopilación de todas sus cartas y declaraciones con respecto al Movimiento en estos últimos años. Tiene también mucho material

sobre la situación político social, sobre la Iglesia Institución, sobre la Iglesia Pueblo de Dios... Tantas predicas sobre el Evangelio en el aquí y ahora... Durante todos estos años a su lado le he fotocopiado sus cartas, el material que tengo me llevará toda la vida, pero como siempre con mi temperamento quisiera entregar todo ahora y no se puede. Creo que muchos que gozaron de su amistad lo conocieron pero no alcanzaron a medir su riqueza espiritual... Tengo que abrir una página en Internet para hacerlo viajar por el mundo.

Estas líneas cuando ya se cumplió el tercer mes de su ausencia son para llegar a ustedes y que sepan que junto con él, seguiré presente junto a ustedes y acompañándolos hasta nuestro próximo Congreso donde ya nos integremos al Pueblo de Dios.

A los Latinoamericanos: que no bajemos los brazos y que nos pongamos de acuerdo para hacer nuestro Encuentro y para ello es necesario comunicarnos y opinar todos donde sería mejor y cuando. Habrá que buscar la manera más fácil y menos costosa. En cada país consúltenlo y Luego me escriben a mí y a Lauro Macías Vicepresidente ejecutivo nombrado en el encuentro de Mejico del año pasado.

Leí en un libro que me envió Raymundo Panikker «La plenitud del hombre» unas páginas que me ayudaron en este dolor.

«Ser hombre es ser único durante un tiempo y luego pasarle la antorcha a los demás... Sabemos que nos vamos a ir pero es necesaria cierta sabiduría para saber que es conveniente... La vida eterna no es continuar viviendo en el futuro sino, la vida infinita en la experiencia y también en la Esperanza...»

He de irme y no me lamento... No padezco por el deseo de inmortalidad como si fuese una prolongación de mi existencia, ni tampoco de mis ideales, mis sueños, proyectos... Comparto esta vida, participo de esta aventura, no necesito ningún equipaje... Estoy listo cuando me llegue la hora y no porque estoy cansado de la vida...»

Y así siguen algunos trozos que serenaron mi espíritu...

Un abrazo de los dos

JERÓNIMO Y EL VATICANO

EN ENERO DEL 67 EMPIEZA LA PERSECUCIÓN

En enero, estando Jerónimo en Carapé, recibió una visita insólita, por cuanto no era nada fácil atravesar la sierra hasta su casa por un camino de difícil acceso.

Dicha tarde de enero se presentaron sorpresivamente tres arzobispos: el Nuncio, Plaza (Arzobispo de La Plata) y Primatesta (Arzobispo de Córdoba) después de una breve conversación y antes de partir, el Nuncio le dijo que tenía que hablarle de algo personal: "Supongo que no tendrás inconveniente si te lo digo delante de tus dos mejores amigos"... Jerónimo diría más tarde: "En mi ingenuidad no advertí que el Nuncio necesitaba dos testigos para darle forma jurídica a la 'admonición canónica'. Sin que nosotros tomásemos conciencia refleja de ello, había comenzado la persecución.

EN LA CURIA DE AVELLANEDA

El Vicario, el padre Monni, personaje siniestro y traidor, que Jerónimo aceptó por recomendación de Monseñor Plaza, el cual no colaboraba sino que trabajaba en la oscuridad para controlar a Jerónimo y finalmente para secundar los planes de dicho Arzobispo. Mientras Jerónimo se volcaba a su lucha, estos personajes sembraban cizaña, hacían correr rumores, desacreditaban al "obispo de Avellaneda" y preparaban el ataque final en combinación con el Nuncio Mozzoni.

En verdad, Jerónimo había hecho todo mal para ellos: no secundó los manejos inmorales de Plaza; se soltó de las ataduras del Nuncio y se cruzó al bando de los que no se atan al poder y a la Institución, sino a Cristo y al Evangelio para ser verdaderamente libres; desenmascaró el maridaje del

gobierno "de facto" de Onganía con la Iglesia preconiliar, a tal punto que el mismo Presidente lo acusaría personalmente de ser "el principal enemigo de la revolución" (de su revolución).

ENTREVISTA CON EL NUNCIO

Dejamos que sea el mismo Jerónimo quien nos cuente cómo ocurrió:

"Me solicitó en nombre del Papa la renuncia a mi cargo de Avellaneda. Me sorprendió por la forma intempestiva y por el empeño inusitado en que la entregara en ese mismo momento. Dije que necesitaba reflexionar y consultar, pero continuó apremiándome para que lo hiciera de inmediato, argumentando que era voluntad personal del Papa.

Entonces respondí que no tenía apego a mi cargo y ningún inconveniente en poner mi renuncia en sus manos en ese mismo momento, pero que un sentido elemental de responsabilidad me impelía a exigir que esa renuncia no fuese considerada o no fuese resuelta sin que yo tuviera una previa entrevista con el Papa. Acto seguido tomé el papel, que firmé, y donde decía sencillamente que ponía mi cargo en sus manos (en las del Papa, por cierto) y se lo entregué al Nuncio, quien entonces cambió totalmente de actitud: se puso eufórico y saltando de alegría me abrazó y me besó, recomendándome que me quedara quieto, que él se encargaría de asegurar mi entrevista con el Papa para después de enero, pues en ese momento se encontraba enfermo y me aseguró no habría novedades hasta después de marzo".

CARTA A PABLO VI

Todo el proceso nos lo narra Jerónimo en una de las cartas que envió al Papa:

Buenos Aires, 6 de marzo de 1968

Beatísimo Padre:

Debo una respuesta a S.S. por su carta de fecha 13 de diciembre, llegada a mis manos el día 30 de ese mismo mes. Mucho he meditado acerca de ella y se ha afianzado en mí la convicción de que mi principal obligación es decir la verdad sin claudica-



ción ni disimulo. Me siento Obispo, puesto por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios, en ejercicio de mi misión profética y sacerdotal y, por lo tanto, con el derecho y el deber de tomar esa actitud.

No pretendo reivindicación personal. Mi camino está trazado por Dios y este doloroso episodio me ha hecho vivir la experiencia de las grandes verdades de la Escritura.

No tema por mi persona: el hombre de Iglesia ha sido destrozado, pero el hombre de Dios se ha fortalecido.

Pero el dolor por la Iglesia y la fidelidad a la verdad me obligan a decir lo que me sería más cómodo callar. Para ello debo reconstruir algunos hechos.

En enero de 1967 fui visitado en mi casa de campo por el Nuncio, acompañado por dos arzobispos; uno de ellos ignoraba totalmente -según él mismo me lo manifestó- el motivo de la visita. Se me manifestó entonces la preocupación por una amistad que yo nunca había ocultado y que era perfectamente conocida por mis colaboradores. Expliqué entonces el motivo por el cual había pasado unos días de enfermedad en su casa, en compañía de sus hijas, y luego unos días de descanso en casa del Obispo Auxiliar de Salta, donde ella y otra persona de servicio me atendieron, y que esos hechos eran perfectamente conocidos también por mi vicario y mi secretario. Se me respondió entonces que me quedara tranquilo, que «no se informaría a la Santa Sede». Repliqué que esa aclaración me parecía tonta, pero que en todo caso prefería que el Papa estuviese informado de todo.

Evidentemente mi vicario, que gozaba de la íntima confianza de mi metropolitano, el Arzobispo de La Plata, era quien había lanzado denuncias sucias y traicioneras, faltando a la verdad y a la confianza que había depositado en él. Por eso le oculté mi propósito de viajar a Brasil en esos días con Clelia Luro y otro amigo, pues Dom Helder nos había invitado a los tres a Recife, pero mi secretario canciller, Padre Varela, estaba al tanto de todo y además me tomé la precaución de informar de los detalles de este viaje a dos amigos obispos; a pesar de estas previsiones, el viaje a Recife sería la principal pieza de la acusación.

Durante esos primeros meses del año pasado (1967), el Arzobispo de La Plata me buscó con frecuencia para que, usando de mi influencia política, lo ayudara a resolver un conocido affaire bancario, pero el asunto estaba tan mal visto por el Gobierno, que no tenía arreglo. Ya anteriormente, durante la presidencia del Dr. Arturo Illia, yo había intervenido en el asunto y se me propuso entonces una solución que consulté con el señor Nuncio, quien me pidió que no interviniera.

Comentando mi intervención en este asunto, mi vicario le

dijo a un laico vinculado a la curia de Avellaneda que yo «había traicionado a Monseñor Plaza y que este podía destruirme en cualquier momento». Además, se jactó de haber violado mi habitación y de haber obtenido -revisando mis papeles personales- unos recibos de hotel que podían comprometerme, y que no eran otra cosa que los recibos del hotel de Recife.

Despedí entonces al vicario -que se dedicaba a difamarme y me quedé solo en la curia con el secretario canciller, P. Oscar Varela, y como mi tarea aumentaba por las numerosas invitaciones para exponer la doctrina de la Populorum Progressio, Clelia comenzó a actuar como secretaria personal.

A fines de julio de ese mismo año 1967, en forma fidedigna me llegó el rumor de que la nunciatura tenía a estudio mi traslado. Temí una intriga y visité al Nuncio. Hablamos de la conferencia pública sobre la Encíclica, que él había objetado por sus implicancias políticas. Le comuniqué que había separado del cargo a mi vicario y reconoció que ese hombre me hacía mal, pero no me dijo una palabra acerca de mi persona. Nunca había confiado en él; en la Argentina es voz común que su habilidad política prevalece sobre los criterios evangélicos. Como yo había pensado viajar, decidí entonces mi ida a Roma para poner en claro mi situación.

En agosto fui recibido en audiencia privada por S.S. El tema que quería tratar era mi actividad social y pastoral, pero en la víspera fui advertido de que ya habían prevenido a S.S. sobre mi amistad con Clelia y le habían propuesto mi traslado. Estaba muy tranquilo en conciencia y quise ser profundamente sincero, convencido de que mi testimonio aclararía las dudas. Me di cuenta de que esto era lo único que interesaba y de que se había dado una interpretación sucia a



mi conducta. ¿Qué denuncias habían llegado? ¿En qué se fundaba esa interpretación peyorativa? No lo supe ni entonces ni después. La única razón que me dio S.S. era el pedido del sacerdote amigo, con quien había estado la víspera.

Su Santidad debe medir el tremendo desconcierto que me produjo esta afirmación, pues yo tenía la seguridad de que él había intervenido en mi favor. Cuando luego fui a hablar con Monseñor Cassaroli, el desconcierto se trocó en náuseas. Me di cuenta de que escuchaba sin interés mis planteos pastorales y que estuvo al acecho para tenderme una trampa.

Perdone Su Santidad, pero quiero hablar como dice el Evangelio: SI, SI; NO, NO. ¿Nadie se anima a decirle la verdad al Papa? Ya es corriente que se diga que la Iglesia-institución vela el rostro de Cristo. El barro humano está también en el Vaticano y allí duele más. Las personas sinceras sienten profundo dolor por las intrigas, ambiciones y cálculos mundanos -cuando no maquiavélicos- con que se manejan asuntos eclesiásticos. Pero no había esperado esa experiencia en carne propia. A pesar de mi rango de Obispo, sucesor de los Apóstoles, no fui tratado con sinceridad y amor, sino sometido a un procedimiento apenas justificable como procedimiento policial.

En nuestra conversación había expresado a S.S. la dolorosa experiencia de total falta de sinceridad con que en otras ocasiones me habían tratado altos funcionarios del Vaticano. Una vez más el representante del Papa me mintió descaradamente: me aseguró que la nunciatura no había tenido ninguna intervención (evidentemente se quería ocultar el móvil político) y que no había otra acusación que la de

mi amigo sacerdote.

Por primera vez me retiré de Roma con profundo desagrado. Siendo estudiante, en 1947, había sentido muy crudamente el contraste entre el fasto de la «corte» pontificia y la miseria de los refugiados que vivían en grutas en la ciudad de Roma, pero entonces todavía le encontraba sentido a la Iglesia Poder. Hoy estoy convencido de que esa imagen de la Iglesia es un antisigno cristiano.

Regresé con una tremenda frustración, pero convencido de que mi testimonio había aclarado la situación. Mi amigo tardó tres meses en regresar, pero por carta me aseguró que dejaría bien aclarado todo ante quien correspondiese.

No tenía para mí sentido alguno romper una amistad que me fortalecía personal y espiritualmente, y en conciencia decidí obrar con libertad. A pesar de todo, ahora me alegro de haber procedido así. Sacerdotes, laicos y seminaristas que vieron a Clelia trabajar junto a mí, con otros colaboradores, no lo tomaron como motivo de escándalo, sino al contrario, quedaron impresionados por su espíritu. Quienes la trataron de cerca se han escandalizado por la malicia con que se nos juzgó y por los procedimientos con que fui tratado.

Su Santidad juzgó este proceder como insensibilidad mía en la conducta externa. Su pedido de renuncia no me perturbó. Con serenidad absoluta entregué mi renuncia sin condiciones, pero, convencido de que entre nosotros la palabra basta, manifesté al Nuncio que la misma no podía ser aceptada hasta tanto no pudiese dar una explicación personal al Papa. Creo que ese gesto merecía una consideración especial a mi persona.

El Nuncio me manifestó que tendría que esperar hasta enero para ver a S.S. y que después se vería, pero que hasta marzo no habría novedad. Sin embargo decidí viajar a Roma de inmediato. Consejeros experimentados en los procedimientos de la nunciatura me dijeron que había actuado con sencillez de paloma, pero sin la prudencia de la serpiente, para usar una expresión del evangelio. Mi viaje no pretendía forzar una entrevista con el Papa convaleciente, ni luchar por el rechazo de mi renuncia. Sin la confianza del Papa, yo no deseaba continuar con mi diócesis. Solo pretendía defender mi dignidad y dejar sentados mis derechos, también quería advertir la perturbación que iba a producirse para que se evitaran los procedimientos indignos que luego se usaron, pues yo estaba dispuesto a decir públicamente toda la verdad.

Todo esto lo expliqué a monseñor Benelli, en cuyas manos dejé mi carta de fecha 15 de noviembre. Fui también recibido por el Cardenal Cicognani, Secretario de Estado, quien por primera vez sacó a relucir el argumento de unos recibos de hotel que había presentado "un arzobispo". Le contesté que



ese argumento era ridículo y que la colaboración que Clelia me prestaba era manifiesta, porque nunca había querido ocultarla, y que mi conducta podía considerarse libre pero no escandalosa. Quedé a la espera de la respuesta de Su Santidad para explicarle -como lo hago ahora- que quienes presentaron pruebas tan deleznable no tienen ninguna autoridad moral. El arzobispo -cuyo nombre se me quiso ocultar pero que yo identifiqué sin la menor duda- ha causado escándalos verdaderos y graves, que son del dominio público, porque han sido divulgados por la prensa y comentados en todo el país. Además es un falso hermano, porque fui expresamente a verlo para que me dijera lo que tenía en mi contra, y nada me dijo. ¡Quiera Dios que ese señor no siga perjudicando a la Iglesia!

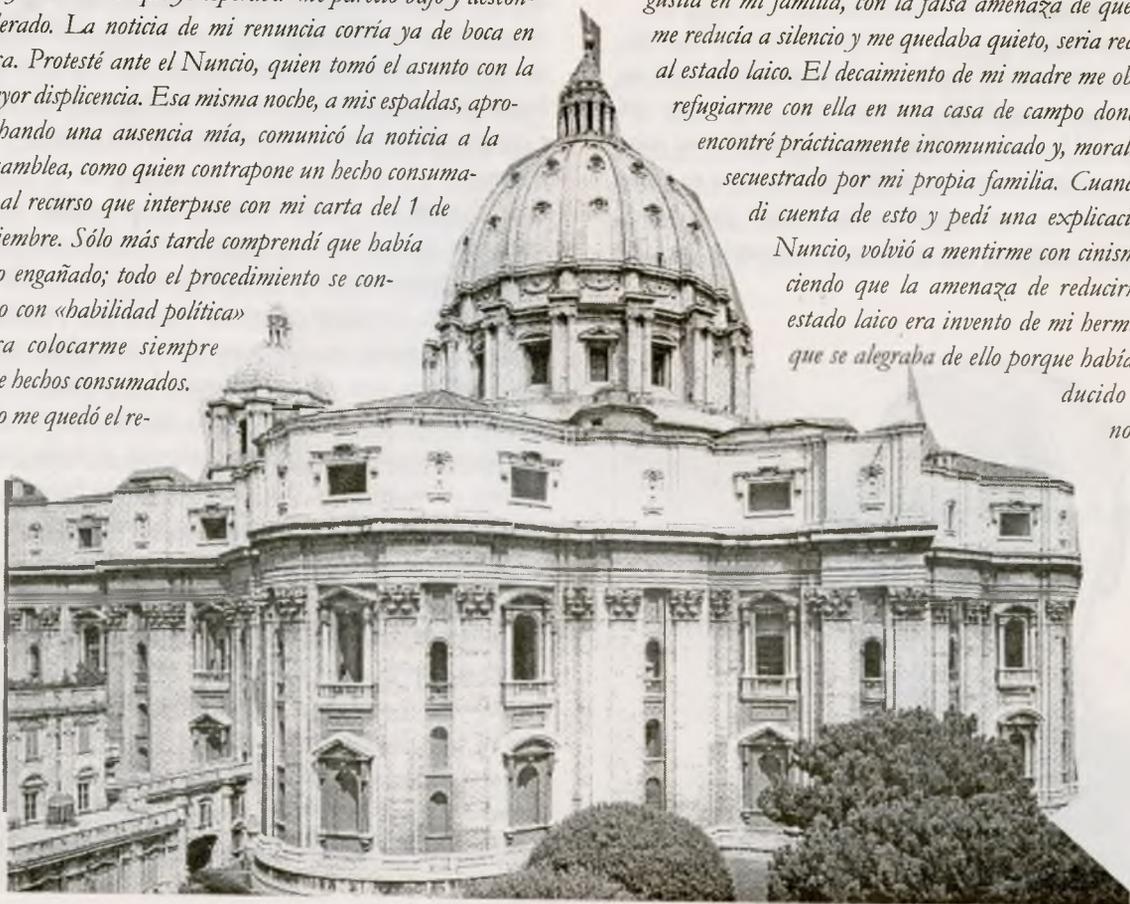
Al día siguiente de mi regreso comenzó la Asamblea del episcopado. Comunicué confidencialmente mi renuncia a los obispos más amigos, quienes quedaron muy desconcertados. Jamás habían oído ni sospechado nada que fuera desdorado para mí. Algunos me sugirieron que debía comunicar la noticia a la Asamblea, pero me faltó decisión y preferí callar mientras no tuviese respuesta de Su Santidad.

Hacia el final de la Asamblea, el Nuncio me entregó la carta firmada por el Cardenal Cicognani, cuyo contenido -muy distinto del que yo esperaba- me pareció bajo y desconsiderado. La noticia de mi renuncia corría ya de boca en boca. Protesté ante el Nuncio, quien tomó el asunto con la mayor displicencia. Esa misma noche, a mis espaldas, aprovechando una ausencia mía, comunicó la noticia a la Asamblea, como quien contrapone un hecho consumado al recurso que interpuso con mi carta del 1 de diciembre. Sólo más tarde comprendí que había sido engañado; todo el procedimiento se condujo con «habilidad política» para colocarme siempre ante hechos consumados. Sólo me quedó el re-

curso de protestar públicamente -por los atropellos y difamaciones a que fui sometido-. Así los representantes de la Iglesia defendían el «honor» de la institución, sin importarles para nada la vejación de nuestras personas. Además, lo que importaba sobre todas las cosas era acallar y desviar la reacción de la gente y de la opinión pública en mi favor, que se calmó porque yo pedí acatamiento, pero que siempre vio detrás de todo una fea maniobra política.

Me duele que S.S. no haya valorado mi testimonio, ni tampoco el testimonio espontáneo de mis sacerdotes, de los militantes más allegados y de mi propio secretario canciller, para quienes no existió el pernicioso escándalo que se alegaba. Más aún me duelen los procedimientos antievangélicos que se usaron para llevar adelante este proceso y la forma vejatoria con que se concretó mi entrega de la diócesis, de la que me vi obligado a salir como un prófugo. Jamás hubiera pensado que en nombre de la Iglesia se usaran tales métodos y que el representante de S.S. pisoteara con increíble prepotencia los más elementales derechos de la persona humana.

Hay un hecho final, posterior a mi salida de Avellaneda que colma toda medida. Para impedir que yo diera por televisión un mensaje de Navidad que ya tenía comprometido, el Nuncio amedrentó a mis hermanos y creó un estado de angustia en mi familia, con la falsa amenaza de que si no me reducía a silencio y me quedaba quieto, sería reducido al estado laico. El decaimiento de mi madre me obligó a refugiarme con ella en una casa de campo donde encontré prácticamente incomunicado y, moralmente secuestrado por mi propia familia. Cuando me di cuenta de esto y pedí una explicación al Nuncio, volvió a mentirme con cinismo diciendo que la amenaza de reducirme al estado laico era invento de mi hermano y que se alegraba de ello porque había producido buenos re-



sultados.

No he pretendido presentar pruebas para una defensa personal. Sólo he querido dar testimonio de la verdad, que espero ayude a S.S. a ver más claro lo que pasa en la Argentina, donde otros obispos y sacerdotes han sido maltratados antes que yo y donde, volverán a producirse hechos lamentables si los asuntos de la Iglesia no se conducen en forma más acorde con el Evangelio. El Papa necesita que lo representen hombres de Dios, que prefieran la sinceridad y sencillez del Evangelio a la astucia y la habilidad «política».

En cuanto a mi persona, debo decirle que mi dignidad de hombre me inhibe de todo trato personal con el señor Nuncio a quien se teme pero a quien muy pocos respetan en su interior.

Mi salud física y espiritual ha sido y es excelente. No ambiciono ningún cargo eclesiástico; sólo ambiciono seguir siendo fiel a Cristo y actuar con libertad y desprendimiento. No temo ser objeto de maledicencia ni ser signo de contradicción. Con la gracia de Dios, confío que mi vida no será motivo de verdadero escándalo, sino un aporte para la edificación de a nueva Iglesia y que al final de mi carrera habré guardado la Fe. Mientras tanto cuidaré celosamente la paz de mi conciencia.- Dios guarde al Papa. Jerónimo José Podestá. Obispo titular de Orrea de Anínico.

(Esta carta jamás tuvo respuesta)

EL FINAL

Después de cinco años en los que la Iglesia había ignorado completamente a Jerónimo, con el objeto de que quedara institucionalmente “enterrado”, desaparecido e ignorado, se hizo presente Monseñor Adolfo Tortolo, Presidente de la Conferencia Episcopal, el siete de marzo de ese año 1972 para comunicarle un oficio de la Sagrada Congregación de los Obispos el veinticuatro de octubre, bajo la amenaza de ser “suspendido a divinis”, es decir, privado de ejercer actos litúrgicos, “se le exige una separación clara y definitiva de la conocida persona y una retractación pública de su escandaloso comportamiento”. Se le concedió un mes de plazo para cumplir con estas exigencias de la Curia Romana, cumplido el cual, es decir, el veinticuatro de noviembre, Jerónimo escribió a Mons. Tortolo rechazando los términos y formulando acu-

saciones por los procedimientos eclesiásticos:

“Ante todo disculparás que no te trate de ‘Excelencia reverendísima’, que es mundano y principesco, pero poco evangélico, ni te llame hermano, ni querido amigo, porque serían expresiones formales pero no auténticas.

También me disculparás que use un idioma fuerte. Nunca prometí al Papa romper mi relación con Clelia... No se trata de un capricho, ni mucho menos de una flaqueza humana como suponen ustedes.

No renunciaré a mi amistad con Clelia porque la considero una gracia y no un pecado, como ya tuve que decir públicamente para enfrentar intrigas palaciegas y difamatorias que tuvieron origen en la malignidad clerical. Mi encuentro con ella me hizo más libre, me ayudó decisivamente a madurar en la Fe, me permitió ver al desnudo la falsedad del mundo, el fariseísmo del sistema social y la alienación profunda de la mentalidad clerical.

También me dio ocasión de experimentar las actitudes poco evangélicas de intriga y poder con que se maneja la Iglesia, y que son un “antisigno” de la liberación del hombre. Ella me ha ayudado a estar comprometido con el hombre y su liberación y constituye un acicate para no claudicar ni en la Fe ni en la lucha por la justicia. Si no fuera así ya hubiera renunciado espontáneamente a este encuentro...

En cambio vos sí que diste escándalo como persona y como Presidente del Episcopado cuando te entrevistaron padres de las víctimas de la masacre de Trelew y les dijiste terminantemente que la Iglesia no se metía en ese asunto, pero como consuelo les repartiste medallitas y rezaste tres Ave Marías.

También habría mucho que decir acerca del sentido de la suspensión ‘a divinis’. Ustedes saben mejor que nadie que el sacerdocio y el carisma profético no me los puede quitar nadie. Evangelizar con la palabra y el testimonio y compartir el Pan Eucarístico con los hermanos en la Fe no me puede ser impedido.

Les guste o les disguste a ustedes, lo que han decidido no tiene más que un pobre valor jurídico... Que Dios te guarde, te ilumine y te convierta”.

Jerónimo.

TESTIMONIO

Me resulta difícil escribir sobre lo que significó y significa nuestro encuentro...

Nuestra historia y nuestro amor llegó a nosotros cargado de Misterio y de señales... Cada uno de vosotros y de los que sin ser sacerdotes casados también tienen su propia historia, pienso que muchos pensarán que la historia de uno es algo muy especial y es así. Pues bueno, no quiero dar la imagen que la nuestra fue y sigue siendo a pesar de la ausencia de hoy algo maravilloso y especial. Pero creo que sí, porque se dio con un contexto especial y con un hombre muy especial...

Por esta razón trataré de entregarla a través de momentos de nuestras vidas escritos por nosotros mismos en distintas etapas y que publico en mi libro **"Mi nombre es Clelia"** que siempre quise editar en España y con más razón ahora porque es un testimonio de vida y de lucha que quisimos dar ya que siempre hemos sentido que todo esto que se nos dio gratuitamente vivir no fue ni es por nuestros propios méritos, fue una elección como nos decía siempre Helder Cámara, nuestro maestro y hermano, que nos acompañó siempre hasta el fin... Pero ustedes lo saben bien que una elección no es un privilegio sino una responsabilidad de la que no se puede ni se debe escapar...

Poco a poco mi actuación a su lado me fue convirtiendo en su compañera de lucha. A veces Jerónimo pasaba horas de la noche en mi casa donde yo vivía con mis hijas y adonde llegaba extenuado de trajinar un día sin fin. Se recostaba mientras yo le leía lo que él había

CLELIA LURO DE PODESTÁ

escrito para tratar al día siguiente. Me entenece hoy recordar como entregaba sus horas de descanso en esa lucha diaria: reportajes, conferencias, entrevistas, viajes. No paraba y cada vez el día le resultaba más corto. A los que lo rodeábamos de cerca.

Transcribo una carta de Jerónimo a Helder Cámara:

"Nuestro encuentro con Clelia es un misterio maravilloso, nos llena de luz y de paz, nos ha acercado a Dios y nos ayuda a seguir el camino de Su Voluntad. Es don de Dios y al mismo tiempo es oblación nuestra. Tenemos la seguridad de no haberlo buscado ni de haber seguido este camino por capricho. Humanamente hablando nos hubiera sido más fácil seguir el camino de una amistad común, guardando ciertas formas y no arriesgar el testimonio de una estrecha colaboración sacerdote--mujer que inmediatamente levanta suspicacias, pero estamos convencidos que es necesario abrir brecha para el futuro. Sin duda esto es más difícil y nos exige una gran renuncia interior, un gran desprendimiento personal y un total abandono en Dios..."

... Hasta entonces yo había tenido siempre temor de perturbar al Hombre y de hacer aún más difícil nuestro renunciamento a compartir plenamente nuestras vidas...

...Yo sabía que no podía planificar por mí sola el futuro de Nosotros. Tenía que dejarlo a él que viniera a mí, pero tampoco yo me sentía apresurada ni clara acerca de cuándo sería nuestro encuentro total, yo sabía que era querido por Dios pero desconocía el tiempo y el momento en que sucedería.

Ciertamente sabíamos que era una etapa que debíamos trascender y sabíamos que teníamos que superar los miedos y afrontar los problemas que obstaculizaban la unión plena de

nuestras vidas para realizar el encuentro interpersonal en plenitud.

NUESTRA UNIÓN

En esa situación se produjo nuestro encuentro total y fue maravilloso. Nuestros cuerpos se fundieron y nuestras almas se tocaron... Al abrazarse nuestros cuerpos sentíamos algo así como si fuéramos dos seres que se fundían en uno solo, penetrando cada vez más profundamente el uno dentro del otro, con el impulso elemental de convertirse en uno solo. Fue algo así como si la creación entera nos envolviera, nos cobijara, toda ella se hizo presente en un cántico a la vida, al amor.

Todo esto es muy difícil de explicar porque es intransferible y las palabras no bastan; yo sólo era la tierra, la humanidad sedienta de amor y pureza y su cuerpo se amoldó tan perfectamente al mío que fue uno conmigo, éramos realmente "una sola carne y al derramarse dentro de mí, lo recibí tal como él se entregaba, para enriquecer al mundo, para encender nuevamente el fuego en la tierra como diría Teilhard de Chardin.

Entonces aprendimos a encarnar el es-



píritu y a espiritualizar la carne, fue una experiencia feliz y gozosa, sin sombras de ninguna especie y así lo sigue siendo hasta el día de hoy.

Yo quedo siempre serena y en silencio, como quien asiste a un misterio sublime y él nunca deja de pronunciar sus palabras "Clelia... todo tuyo para enriquecer al mundo..." Y fue entonces en enero o febrero de ese año 1968 que mis entrañas se llenaron de luz con un ser fruto de ese amor.

¡Cuánto viví con él dentro de mí...! Lo llevé oculto y en silencio, con vida casi cuatro meses... Era Pablo, ese Pablo que tanto ansié, pero esta vez gestado entre los dos con un sentido de compromiso. Tan sólo a Helder, Pedro y Arturo Paoli pude comunicarles esta riqueza en la que me sentía embargada. Pero al mismo tiempo me embargaba él por verme obligada a guardar silenciosamente aún frente a mis hijas lo que debería haber sido un motivo exultante para gritar al mundo entero.

Estaba dispuesta a alejarme de todos, los últimos meses del embarazo ocultándolo. Sentía con mucha fuerza que debía protegerlo en mis entrañas, de los golpes externos y estaba siempre alerta para que nadie lo lastimara dentro de mi vientre.....

Un día Jerónimo me tomó desprevenida con una noticia que para el no tenía mayor importancia pero que para mí fue un duro golpe a mis entrañas. Monseñor Plaza viajaba nuevamente a Roma y yo intuí que llevaría una acusación definitiva contra Jerónimo. A los pocos minutos míos entrañas sufrieron una contracción que desprendió el feto.....

Lo entregué a la tierra, lo puse al pie de un árbol de lapacho y en ese momento sentí que él me decía: «No sufras yo enriqueceré la tierra y serán muchos los Pablos que vendrán después de mí» Así serena, como siempre en todo lo que me tocó vivir en esta dimensión profunda, se me hizo nuevamente presente aquella advertencia que me hiciera Helder Cámara un año antes «El hijo será una ofrenda». Así fue y lo viví

y estoy segura de que Pablo tendrá fuerza y vida en otros Pablos que misteriosamente serán fruto de este amor...

Veíamos claramente a la nueva Iglesia que iba naciendo dentro de las estructuras crujientes. Yo sentía que estábamos llamados a hacer algo aunque no lo supiéramos concretamente qué.....”

ASÍ COMENZAMOS Y CONTINUAMOS NUESTRAS VIDAS.

El siempre creciendo en sabiduría y libertad y yo acompañándolo con mi fuerza.

Así vivimos y caminamos por el mundo con nuestras manos tomadas y nuestro paso firme. Nos entendíamos y conocíamos sólo al mirarnos.

La integración del hombre y la mujer es lo único que hace eclosionar la plenitud del ser humano. Es el meollo profético de nuestro movimiento.

Nuestro camino fue difícil pero maravilloso. Así tratamos siempre de estar presentes donde nos necesitaran, no podíamos ser diferentes.

Recuerdo con emoción nuestro viaje a Venecia donde los dos solos fuimos a gozar sin compromiso alguno...

Tuvimos muchos problemas: económicos, persecuciones, exilio pero en el fondo nuestro amor nos mantenía fuertes y gozosos siendo fieles a nosotros mismos.

Un día nos llamaron al Sínodo de Sacerdotes casados de la Federación Internacional en Ariccia a unos metros de Castel Gandolfo donde el Papa descansaba...

«Mi amor a Clelia es una gracia y no un pecado. Me hizo más libre»

SU NUEVA DIÓCESIS

Desde que Jerónimo abandonó Avellaneda su Diócesis era la Diáspora y siempre así lo vivimos

Ustedes no saben lo que significaron de alegría y fortaleza para él “**Finalmente encontré mi Diócesis**” me decía. Quiero que lo sepan porque verdaderamente fueron mucho para él, siempre hacía hincapié en el valor profético del movimiento: la integración del varón y la mujer en un compromiso de pareja en el mundo... Siempre dio testimonio de ello llevándome de su mano

por este Planeta.

Muchos recibieron cartas de él, ustedes lo conocieron y yo me siento pobre para hablar de él...

Después comenzó nuestro recorrido por Latinoamérica. La Federación Latinoamericana que para nosotros fue y es como un hijo dilecto...

Al escribir estas líneas, que muchos leerán, los tengo a todos y cada uno presentes, veo sus rostros y escucho sus palabras. ..

Hoy Jerónimo se fue... sólo una ausencia acompañada quedó junto a mí. El dolor es grande e irreparable. Sé que ya no estará a mi lado como antes...

Quiero pedirles algo en su nombre: lean sus últimas cartas, sus últimos sueños, estar en el Congreso Internacional y vernos ya integrados a los laicos...

Traten de ver si pueden hacer editar mi libro pues allí está él

Y quisiera que llegue a manos de todos.

En estos 33 años vividos juntos he guardado fotocopias de todos sus escritos, notas, cartas y espero tener vida larga para entregarles tanta riqueza, es lo único que me mantiene viva.

No dejen de sentir el valor profético de nuestro camino y vivan plenamente la pareja los que aún están juntos. La vida pasa tan rápido...

Un abrazo grande:

CLELIA Y JERONIMO

UN GRANO DE SAL



**«Vosotros
sois
la sal»**

La vida de
Jerónimo Podestá
es verdaderamente un grano de sal.

Un grano de sal metido
en lo más profundo de la herida
de la Iglesia, de esta querida
y amada Iglesia,
a la que él apasionadamente
defendía, criticaba y amaba.

MI VIDA Y MI VOCACIÓN

Explicar mi encuentro con Clelia exige indicar previamente algunas características de mi vida y de mi vocación, para que así resalte su sentido de encuentro interpersonal en el amor y en la vocación.

Mi vida estuvo siempre signada por una actitud de acatamiento y sumisión, de búsqueda de lo bueno, verdadero y justo, producto del temperamento heredado y de la educación recibida: la bondad de mi padre y la rectitud de mi madre, que con su acendrado catolicismo me transmitió los valores de una autenticidad que no se contentaba con la simple práctica religiosa. Ella tomaba en serio el Evangelio y se empeñaba en practicarlo en el marco de un reverente y filial acatamiento al Papa y a la Iglesia. Sin embargo ya entonces, en el medio burgués, complaciente y paternalista al que pertenecíamos, mi madre se destacaba por su sentido crítico y por su actitud independiente, quizás herencia temperamental de mi abuelo Wilmart.

Mi niñez y juventud transcurrieron feliz y apaciblemente, guiadas por dos metas: evitar el pecado y triunfar, pero haciendo el bien a los demás. Por eso, terminado el bachillerato, decidí seguir la carrera de médico como mi padre.

En el secundario y en los años de la Facultad, cumplí una activa militancia católica. Entonces tomé una clara y refleja conciencia del desfasaje existente entre la vida real y el ideal cristiano. Comenzó a chocarme y a dolerme la contradicción que corroe la vida personal y social de los católicos: se los denomina cristianos, pero lo son sólo

superficialmente...

Incluso en los sacerdotes no descubría la imagen de Cristo sino los funcionarios de la religión, aunque llevaran una vida sacrificada -como mis profesores del colegio- o fueran hombres que parecían cumplir con las obligaciones de su profesión -como los curas de la parroquia-.

En aquellos años leí con avidez los clásicos de la cultura; recuerdo particularmente las

Confesiones de San Agustín, libro en el que bebí el sentido místico de la vida y la ardiente búsqueda de la Verdad.

Fue así que entre el segundo y tercer año de medicina sentí que no podía encarar la vida sino con una profunda autenticidad, y me planteé una disyuntiva insoslayable: o arrojo por la borda mi Fe, o la tomo profundamente en serio; y fue así que me pregunté si no debía abrazar el sacerdocio, pues se me presentaba como la manera lógica de vivir la Fe hasta sus últimas consecuencias.

¿Quién
hubiera
podido
decir
entonces
que yo sería
más tarde
un
incorformista
y un
rebelde?

VOCACIÓN SACERDOTAL

Abracé pues la vocación sacerdotal, a pesar de la pobre imagen que tenía de los sacerdotes. Abandoné la Facultad y con un tremendo vértigo, pero con inquebrantable decisión, ingresé al Seminario de La Plata. La pobre imagen que recibí del ambiente del Seminario, acicateó aún más mi decisión de encarnar el ideal de amor, sacrificio y entrega.

La sensualidad no me había planteado dificultades agudas, y el fervor con que abracé la vocación me permitió conservar la castidad hasta el sacerdocio y tener el convencimiento de que podría guardarla toda la vida.

En efecto, esto era lo fundamental para ser

sacerdote católico: no caer en las redes del sexo. Además, había que ser fieles a los «ejercicios de piedad» porque con ellos se aseguraba la castidad. Al hacer la promesa de virginidad perpetua en el subdiaconado y en mi consagración sacerdotal, el fantasma de quedar algún día «atrapado por la mujer» (contra la que nos prevenían todos los predicadores de ejercicios espirituales, como máximo escollo de una vida sacerdotal, porque evidentemente pensaban que todos los otros escollos que no hacían a la sexualidad eran soslayables o disimulables) había quedado definitivamente excluido, estaba seguro de ello.

¿MUJERES?

Este íntimo convencimiento fue el fundamento gracias al cual inicié mi sacerdocio con una actitud positiva frente a la mujer, sin miedos ni inhibiciones, siempre me chocaron las actitudes de miedo y de huida que frecuentemente se preconizaban como salvaguarda de la castidad..., resabios de un filón maniqueo que recorre toda la historia de la Iglesia.

Tres tipos de experiencias enriquecedoras se sucedieron en mis doce primeros años de



El mayor peligro para la castidad nos decían que era ser atrapado por una mujer

sacerdocio. Primero, la enseñanza de la teología y la formación de los seminaristas.

En un segundo momento tomé también la dirección del Movimiento Familiar Cristiano en la Arquidiócesis, agregando a mis cátedras del Seminario, las de Teología Dogmática y Moral en la Universidad Católica Argentina. Traté de desterrar todo resabio maniqueo y de sondear las riquezas del amor humano. En nuestro medio católico fui el primero en enseñar -algunos años antes del Concilio Vaticano II-, contrariamente a la doctrina tradicional de la Iglesia, que la procreación no es el fin primario del matrimonio. La procreación es el objetivo de la naturaleza, pero en el plano de la persona humana el fin primario es la realización del Amor y la plenificación humana en la pareja. Me dolía comprobar la ignorancia de las riquezas de la sexualidad y las dificultades en la realización del ideal de la pareja según el plan de Dios, en gran parte debidas a deficiencias de la formación católica. La comprensión teórica de las maravillosas riquezas del amor humano no cuestionó en lo más mínimo mi opción celibataria abroquelada dentro del sistema clerical, seguramente por causa del implícito orgullo de creer que tal opción me colocaba un poco por encima del nivel del hombre común.

CON LOS MARGINADOS

Una tercera etapa me llevó al terreno de la evangelización popular en los barrios marginales: fueron los desposeídos los que me evangelizaron a mí y me prepararon para la tarea pastoral en el obispado de Avellaneda.

Como obispo recayeron sobre mí, además de los problemas pastorales, también los problemas personales de los sacerdotes y, entre

ellos, los derivados de su inmadurez afectiva y de la represión sexual, tanto en los afectados por tendencias homosexuales como en los que no podían vivir sin mujer. ¡Cuánto hubiera querido resolver esos problemas! Pero ya no cabían sino paliativos... Al menos a quienes tuvieron la sencillez y la confianza de abrirme su drama, les facilité los trámites, cuando ellos así lo deseaban, para que pudieran conseguir la dispensa de Roma y contrajeran matrimonio canónico. Los otros casos eran insolubles. (Aclaro- que en este texto no pretendo ignorar a los sacerdotes que generosamente cumplen, con el celibato, ni juzgo a los que penosamente se esfuerzan por vivirlo con la plenitud posible.)

Cuando un sacerdote no se rodea de un muro infranqueable, machista y agresivo para con la mujer, es inevitable que se vea rodeado de mujeres, alternando normalmente con ellas como cualquier profesional. Así fue mi vida, y debo reconocer que el trato espontáneo con ellas la enriqueció; sin este trato, el varón no puede normalmente adquirir la madurez humana. Tuve diversas amistades femeninas, algunas de ellas profundas, honestas y sinceras; recibí también el asedio de "admiradoras" y seguro de mí mismo acepté ser consejero y paño de lágrimas de mujeres frustradas, lo cual -por culpa de mi ingenuidad e inexperiencia- me causó algunas situaciones molestas e incluso problemas difíciles de afrontar y resolver.

Y APARECIÓ CLELIA

Y aquí apareciste vos, Clelia. Fue en abril de 1966, un viernes anterior a la asamblea de los obispos. Me llamaste por teléfono a la curia y te di cita para una semana después;

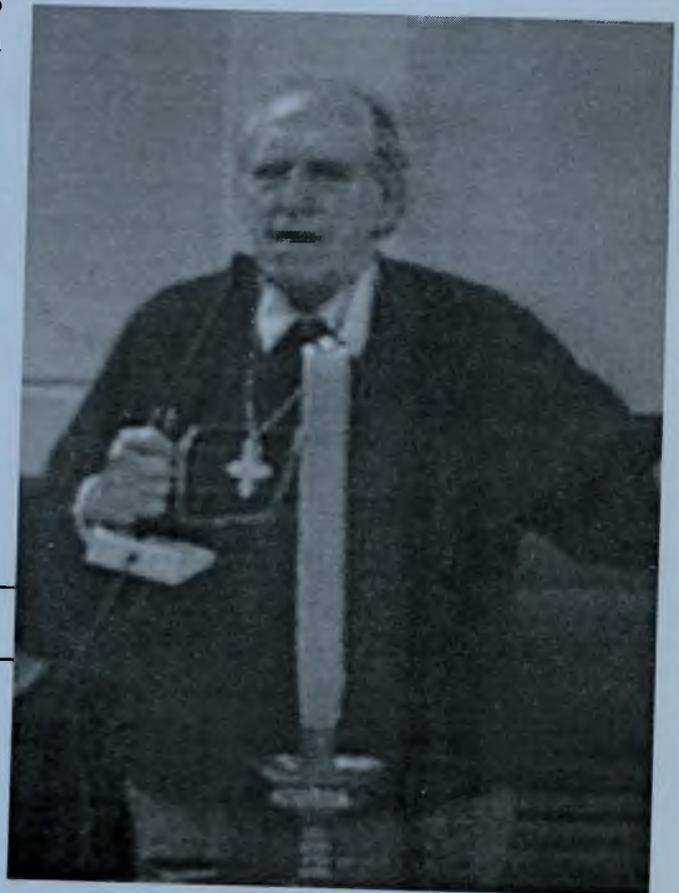
pero ante tu deseo de que fuera antes, resolvimos encontraros al día siguiente, sábado, en la casa de mi madre en Buenos Aires.

Relato el encuentro tal como lo consigné en una especie de diario personal que escribí poco después de mi salida de Avellaneda, para fijar los episodios y vivenciar de nuestro proceso.

«Clelia llegó puntualmente a las doce, como de costumbre, yo me demoré. Mi madre le advirtió que seguramente llegaría mucho más tarde. Yo había calculado una media hora de entrevista antes del almuerzo, pero llegué a las trece horas.

«Intuyo 'algo' en esa mujer decidida, que manifiesta una tremenda libertad interior y exterior sin trabas ni inhibiciones y que, a pesar de su fuerza de espíritu, no manifiesta el menor

Clelia llegó puntualmente a mi vida





tener profunda experiencia de Dios en la oración. Percibo su 'carisma' y me agrada, tanto más cuanto que yo no siempre tengo el valor de expresarme con tal libertad y fuerza.

VERDADERO ENCUENTRO

Aquella entrevista había sido un verdadero «encuentro» entre dos personas. Los dos

asomo de agresividad.

«Me interesa su conversación, pero sobre todo su persona: irradia amor por la Iglesia y los sacerdotes, pero su actitud es crítica y exigente con ellos, severa en sus juicios, con la libertad de una Fe verdaderamente personal cuyo paradigma es únicamente Cristo, y con una visión que no es de 'cristiandad' sino una 'visión evangélica.

«No advierto nada que me moleste o perturbe; en su libertad y fuerza no hay desenfado; irradia una límpida transparencia que contrasta radicalmente con el común de las relaciones humanas donde aparece el cálculo y la preocupación de quedar bien; también difiere del común de las relaciones clericales, tan impregnadas de ocultamiento y fariseísmo.

Me habla con libertad de espíritu y limpio afecto humano en el que no advierto afectación ni sensualidad, y la escucho con agrado como si fuésemos viejos y buenos amigos. Me gusta su idioma: con sabor a autenticidad. Siento que habla en verdad cuando afirma

lo supimos -sin confesárnoslo-: se había iniciado una amistad definitiva, fundada en la profunda afinidad de las almas, la profunda simpatía, la honda concordancia de ideales; es decir, un común sentido de «misión»: yo quería cambiar la Iglesia y vos también. Además vos, Clelia, me traías el aporte de valiosas y fundamentales cualidades que yo no tenía.

Sin embargo -no sé si por educación recibida o por propia experiencia- decidí muy racionalmente poner a dura prueba nuestra amistad, y vos lo sentiste y lo sufriste. Me venías a ver a la curia y te hacía atender por mi vicario...

¡Cuántas veces te dejé plantada y luego diferí nuestra entrevista para una fecha indefinida!

Pero entretanto nuestra colaboración seguía adelante. Me trajiste ejemplares de la revista «Imagen del País» y me presentaste a su director, con el que luego habríamos de realizar muchas cosas juntos.

Tu colaboración fue inapreciable como "oficial de enlace" gracias a tu don especial para las relaciones públicas. Pero tu colaboración no fue sólo en la actividad y en el aporte

Un
encuentro
que inició
un amor
definitivo

de ideas e intuiciones. Me ayudaste sobre todo en lo más íntimo y personal para que pudiera superar muchas inhibiciones e indecisiones propias de mi temperamento. Fuiste para mí un modelo vivo de libertad y sinceridad; me abriste de par en par tu alma, y me la mostraste sin tapujos.

Me pareció maravilloso, ese «volcar» el alma y, por primera vez en mi vida, pude, yo también, abrir la mía. Al confesor se le dicen los pecados o se le consultan problemas, pero no se le muestra el alma hasta el fondo. Por eso me hiciste tanto bien, pues pude desembarazarme de ataduras y temores que me perturbaban: me enseñaste a encarar de frente y con coraje todas las situaciones. Por primera vez en mi vida de adulto no me sentí solo y pude experimentar la riqueza maravillosa de una amistad profunda.

Mi rango de obispo, al colocarme en una cima, había ahondado terriblemente mi soledad y mis incertidumbres. Con los otros obispos no había verdadera comunicación. Había llevado como vicario y estrecho colaborador a mi mejor amigo sacerdote, pero no fuimos capaces de mostrarnos nuestros íntimos conflictos; de hecho, lamentable y sorpresivamente, decidió dejar el ministerio un tiempo antes.

Con vos, Clelia, fue completamente distinto y entonces se hizo una gran luz: comprendí que el alma femenina está hecha para complemento y sostén del alma masculina. La amistad más profunda sólo se da entre un hombre y una mujer cuando hay un verdadero encuentro interpersonal. La amistad entre dos hombres o entre dos mujeres no puede alcanzar nunca la profundidad y las resonancias de este tipo de amistad que, evidentemente, no puede darse sin amor

profundo; o, mejor dicho: que es amor y amistad en el más alto nivel. (Según la propia Iglesia, es el «signo» privilegiado «Sacramentum» del Amor de Cristo con su Pueblo.)

Sin duda, cuando se produce este “encuentro”, el amor tiende naturalmente a abarcar todo el ser de la persona incluyendo, obviamente, también la plenitud física, a menos que se la cercene por represión o se la idealice por sublimación.

Por este motivo he hablado ex profeso de almas, pues no cabía en mi mente ni en la tuya la idea de formar pareja y quebrar mi celibato; de ningún modo hubiéramos podido vivir nuestro encuentro en la forma distorsionada de Abelardo y Eloísa. Nuestro concepto se acercaba más bien al de las grandes parejas místicas, pero bajo una forma más libre y más moderna.

De este año de 1966 quiero recordar dos hechos sencillos pero inolvidables: se celebraba en Tucumán el sesquicentenario de la Independencia y yo me alojaba en casa de la familia Colombres, a media cuadra de la Catedral. El primer día, terminada la ceremonia de la mañana, regresé a la de Colombres con las vestiduras episcopales; y detrás mío llegaste vos con cinco de tus seis hijas. Cuando me las ibas a presentar por sus nombres, una tras otra saltaron a mi cuello y me besaron tan amorosa y espontáneamente como sí yo fuese su padre muy querido, y eso que era la primera vez que me veían. Te confieso que me sentí verdaderamente su padre: fue una sensación tan profunda que quedó siempre viva en mi alma y nunca podrá ser borrada. Sentí que me hacías el don de tus hijas. ¡Qué maravilla!

Después viajamos a Salta, donde nos recibió monseñor Lira -el Padre Pedro, como vos lo

El ser
OBISPO
ahondó
mi
soledad
e
incertidumbre

llamabas-, con toda espontaneidad nos alojó en su casa. También por primera vez experimenté la cordial fraternidad de un hermano obispo: en su alma grande y libre no bían suspicacias ni las pequeñeces y prejuicios tan corrientes en el ambiente clerical.

CON DOM HELDER CAMARA

El segundo hecho fue nuestro encuentro con Dom Helder Cámara en Mar del Plata con motivo de una reunión del CELAM. Vos asistías comisionada por la revista «Imagen del País» para lograr un reportaje a Dom Helder, y me pediste que yo te lo presentara. Me propuse actuar con discreción para acordar primero con Cámara la entrevista y para no mostrar muy al descubierto nuestra estrecha amistad delante de los colegas, pues no faltaría quien deslizase algún comentario.

Recuerdo que vos estabas esperando a la salida del salón de reuniones. Yo me hice el desentendido y seguí de largo, pero Cámara, que venía detrás mío, se dirigió sonriente hacia vos, te tomó afectuosamente las dos manos y se puso a conversar con vos. Cuando regresé minutos más tarde, ya eran viejos amigos: “nos conocíamos en las entrañas de Dios” fue tu comentario; y fuiste vos la que me presentaste a él.

Fueron días inolvidables aquéllos pasados en Mar del Plata. Una tarde nos reunimos los tres en el departamento de una amiga tuya, ¿lo recuerdas? Al final Cámara me dijo -como si fuera un visionario-: «Clelia será su fuerza»...

En esos breves días ¡aprendí tanto en el contacto con Cámara!: de sus opiniones, de sus ideas, de sus enfoques... que no lo puedo explicar. Lo que sí debo decir es que se acabaron mis reticencias y ya no tuve ninguna inhibición de estar asiduamente con vos delante de los demás obispos.

Pero la estrecha amistad que quedó sellada

en aquellos días no pasó desapercibida para el nuncio: era evidente que nos seguía, nos espiaba y se mostraba muy molesto por nuestro encuentro. No ocultó su disgusto cuando vio que te habías introducido en la sala en que celebraban los obispos, para asistir a Dom Helder en su misa. En cuanto a mí, argumentando directivas de la Secretaría de Estado Vaticana, me había comisionado para «neutralizar a Cámara en las reuniones». Más tarde me habría de echar en cara «el haber presentado esa mujer a Cámara».

PERSECUCIONES E INTRIGAS

Todo continuó con aparente normalidad hasta fin de año. En enero del 67 pasé un mes de vacaciones en la estancia «Carapé» de mis padres, y allí recibí un día una visita insólita, sobre todo porque mi casa se encontraba en plena sierra, lejos de los centros poblados y era de difícil acceso. Una tarde llegaron tres

**Monseñor Jerónimo Podesta
y su mujer Clelia**

EL VATICANO dice NO

Sacerdocio y Matrimonio

EDICIONES  LETRA BUENA



el doctor López Aguirre, con quien nos habíamos hecho amigos, que se me vigilaba estrechamente.

En el hotel pedimos dos habitaciones: una para Clelia, y otra para mí y Ezequiel. Al partir pedí que hicieran una sola cuenta y no di importancia al hecho de que la factura estuviera conjuntamente a nombre mío y de Clelia. Más tarde, en Roma, habría de enterarme de que mi vicario había utilizado esta factura como prueba contra mí.

JUNTOS EN LA DIFUSIÓN DE LA POPULORUM PROGRESSIO

arzobispos: Plaza de La Plata, Primatesta de Córdoba, y el nuncio. Después de una breve conversación y antes de partir, supe que el nuncio venía a advertirme sobre lo llamativo de mi relación con vos. No me molestó ni me perturbó para nada; con toda sencillez pude decirles que no se preocuparan pues se trataba de una amistad límpida, que mi conciencia estaba completamente en paz. El nuncio comenzó diciéndome: «No tendrás inconveniente en que te hable delante de tus mejores amigos...» En mi sencillez no advertí entonces que el nuncio necesitaba dos testigos para darle forma jurídica de «admonición canónica» a su «advertencia».

Al regresar de mis vacaciones pasé por Córdoba y visité a Primatesta. Como prueba de sinceridad le comuniqué que en febrero viajaría a Recife con Clelia y Ezequiel, por dos o tres días, para encontrarnos con Cámara. Ni se me ocurrió entonces que estaba dando pistas para que me hicieran seguir y vigilar por, los «servicios de información». En realidad eso no me importaba, pues ya me había advertido el jefe de Policía, de la provincia de Buenos Aires,

Todo el año 67 fue de intensa tarea y muy estrecha colaboración entre nosotros. A Alicia, la secretaria de la curia, te sumaste vos como secretaria privada. El ambiente de la curia se transformó en una verdadera familia, en una comunidad de personas, en la que se integraban además los sacerdotes que venían a verme y que yo normalmente invitaba a almorzar cuando llegaban hacia el mediodía.

Ese año desarrollé una intensa campaña de difusión de la encíclica *Populorum Progressio* («El desarrollo de los pueblos»), que incluyó conferencias en pueblos y ciudades del interior. Vos coordinaste todo, me acompañaste en los viajes y con el grabador recogiste mis palabras que luego pasarían al papel para formar mi primer libro publicado después de mi salida de Avellaneda, con él título de «La violencia del amor», de cuya impresión vos también te ocupaste.

Pero nosotros vivíamos nuestra relación de amistad de la manera más natural del mundo, sin

la menor preocupación. Desde el comienzo nuestras almas se habían «encontrado» y los dos éramos plenamente conscientes de que nos ligaba un amor verdadero y profundo que nos impulsaba a seguir adelante.

Por ese entonces leímos y releímos el libro de Arturo Paoli, "Incontro difficile", y también lo comentamos con el propio autor. Paoli sostenía la riqueza especial de una íntima amistad entre el hombre y la mujer, y la propiciaba incluso para el sacerdote, pero en este último caso excluía el plano carnal, al modo de las parejas místicas. Nosotros no dudamos nunca de que el nuestro era uno de esos "encuentros difíciles" pero que al mismo tiempo enriquecen la dimensión humana.

VIAJE A ROMA

En agosto de 1967 debí viajar a Roma... Mis prédicas sobre la encíclica *Populorum Progressio* levantaban gran efervescencia entre



los sectores obreros y peronistas, totalmente silenciados por la veda política impuesta por la «**Revolución Argentina**».

En esos días recibí una carta del nuncio, donde me expresaba una cortante crítica sobre los editoriales de la revista *Imagen*, aunque no censuraba ninguno de mis artículos, que sin duda eran inobjetables, y en base a tan somero análisis desaprobaba mi participación en el acto que la revista había lanzado para una gran celebración de la encíclica en el estadio del Luna Park donde yo sería el único orador, precisamente para que el tema de la encíclica fuese excluyente de toda otra connotación. Sin embargo el nuncio concluía que con eso yo respaldaba un movimiento político evidente aunque todavía confuso. ¡Evidentemente el gobierno había presionado al nuncio!

Como siempre habíamos tratado los problemas con el nuncio en conversaciones personales, entendí que se trataba de una admonición por escrito para agregar a mi dossier. Entonces decidí presentarme espontáneamente a la Nunciatura, donde sin entrar en discusiones inútiles le dije al nuncio Mozzoni que sus suposiciones no estaban bien fundadas y que no había motivo para suspender el acto promocionado por la revista *Imagen*; pero

que si el cariz político que pudiera tomar así lo aconsejaba, tendríamos la ocasión cancelarlo, más tarde.

CON PABLO VI: CONDENADO SIN JUICIO

Como en realidad no había habido diálogo, decidí viajar a Roma para tratar el tema en el más alto nivel. Fui recibido por el Papa Pablo VI en Castelgandolfo. Me presentó a monseñor Casaroli, diciéndome que con posterioridad a nuestra entrevista tratará con él los aspectos políticos que yo quería presentar.

En la víspera había tenido la información fidedigna de que en la Secretaría de Estado del Vaticano se tenía a estudio mi traslado fuera de la Argentina. Entonces decidí plantear de entrada el tema de nuestra amistad para enfrentar directamente las acusaciones que habían hecho llegar hasta Roma.

Le expliqué al Papa el sentido y el alcance de nuestra relación, para concluir que el nuestro era un encuentro de "gracia" y no de pecado. Encontré al Papa muy torturado con el asunto. A pesar de que me molestaba muchísimo verlo a él tan atormentado, pude hablarle sin inhibiciones, con libertad y sinceridad. Pero no hubo un diálogo abierto y franco como yo deseaba; el Papa terminó expresando su incertidumbre acerca de mi veracidad y remató la entrevista diciéndome que, contra mis afirmaciones, estaba lo solicitado por un gran amigo mío que le había pedido que me salvara. Finalmente Pablo VI me pidió absolutamente «que arrancara ese

afecto de mi corazón».

Todo esto me cayó muy mal, porque estaba y estoy convencido de que no tenía derecho a exigirme tal cosa; podía pedirme prudencia, cuidado en las formas externas, un mayor distanciamiento o cosa parecida, pero no «arrancar un afecto» que, por otra parte, era para mí como para vos algo puesto por Dios en nuestros corazones.

Arturo Paoli, que era quien había hablado con el Papa, me aseguró que él le había pedido que me salvase de la intriga. Discutiendo con él la tesis de si se podía, como afirmaba Paoli, renunciar a uno de esos encuentros, un comun amigo le replicó: «un verdadero encuentro es irrenunciable». Así lo sentíamos nosotros también. Conozco sacerdotes que lo han hecho, pero no se trataba de un encuentro profundo, y en otros casos resultó en desmedro de esas personalidades

que quedaron, al final como heridas o disminuidas.

Para peor, los otros funcionarios vaticanos que me atendieron, entre ellos monseñor Casaroli, me causaron pésima impresión: no se interesaron para nada en mis planteos pastorales o socio-políticos; no vi el menor asomo de querer rescatar mi persona ni mi actuación como obispo. Yo era simplemente un sospechoso contra el cual había «pruebas contundentes» que no se exhibían. No hubo diálogo, no hubo franqueza, no hubo una actitud fraterna y evangélica. Sentí náuseas y me convencí de que habían recibido toda clase de denuncias sórdidas. Entonces te comenté: "Yo creí, que la Iglesia era un ámbito fraterno, pero no lo es"

**El Papa no
podía pedirme
que arrancara
de mi corazón
ese afecto que
yo sabía que
había sido
puesto por
Dios**

PROYECTOS DE ACCIÓN SOCIAL

De regreso a la Argentina, y sin haber podido discutir en Roma mis proyectos de acción social, continué, con las conferencias sobre la Populorum Progresio. En el interior, todas ellas se desarrollaron muy felizmente; en cambio, en la zona del Gran Buenos Aires los sectores peronistas de la CGT provocaban cada vez mayor efervescencia. Temiendo no poder cortar esos desbordes, preparamos la cancelación del acto en el Luna Park, cuanto más que el SIDE (Servicio de Informaciones del Estado) comenzó a enviar agentes provocadores.

PERSECUCIÓN POLÍTICA

En esos días tuve una entrevista con el presidente general Onganía, la que tuvo un momento muy tenso: fue cuando él, encarándome en forma directa, me acusó, bastante nervioso, de ser «el principal enemigo de la «Revolución Argentina».

¿RENUNCIA O CESE?

Pocos días después volvió a citarme el señor nuncio quien sin más preámbulos me solicitó la renuncia a diócesis de Avellaneda en nombre de la Santa Sede. Contesté que personalmente no tenía ninguna dificultad en presentarla, pero que no veía motivo para ello y que, por otra parte, la presentación de la renuncia tenía que ser un acto responsable, en el que debía considerarse el impacto que

El presidente,
general
Onganía
me acusó
de ser
el principal
enemigo
de la
Revolución
Argentina

produciría en el Pueblo de Dios y en el ambiente social. No podré olvidar nunca aquella desagradable entrevista en la que el nuncio Mozzoni me presionó de todas las formas posibles para que la renuncia fuera presentada allí mismo. No se adujeron razones ni motivos; sólo insistía en pedido de la Santa Sede y en la necesidad de no perder el correo diplomático que saldría al día siguiente ... Muy desagradado por la actitud del nuncio, firmé un simple formulario, sin ningún aditamento, diciéndole que quería demostrar que no tenía ningún apego al cargo, pero que, como no tenía ni una sola línea del Papa, condicionaba la convalidación de la renuncia a la circunstancia de tener una previa entrevista personal con Pablo VI.

Pero lo más chocante fue la reacción de Mozzoni, quien saltó sobre mí cuando le entregué el papel: me abrazó, me besó, presa de una euforia incontenible, diciéndome que me quedara quietito, que todo se arreglaría, y que esperara, porque el Papa estaba enfermo, y que podría entrevistarle en el mes de marzo porque hasta entonces no habría novedades...

Entonces me di cuenta, por el alborozo de Mozzoni, de que para él era un gran triunfo y que yo había caído como un chorlito en una trampa; «no actuaste con sagacidad», me dijo un alto funcionario de la Iglesia.

Recordé entonces aquellos recursos que solían hacerse en otros tiempos «del Papa mal informado, al Papa mejor informado»... Ni siquiera me constaba que la solicitud de renuncia hubiera partido directamente del Papa.



JUNTOS A ROMA

Desoyendo el consejo de Mozzoni, partimos al día siguiente rumbo a Roma, con vos, Clelia, pues consideré que tanto yo como la Iglesia te debíamos esa satisfacción.

Pude entrevistarme con los cardenales Samoré y Cicognani, pero fue imposible ver a Pablo VI. Saqué en limpio que se habían presentado denuncias, que se había presentado la prueba irrefutable de una factura del hotel de Recife...; en suma, que la conjura se había anudado y que yo, desde el momento de presentar la renuncia, tenía el caso perdido.

La única persona con quien pudimos dialogar fue con monseñor Benelli, sustituto de la Secretaría de Estado. Su conclusión fue «que mi proceder no era socialmente aceptable». A Clelia también le concedió una larga entrevista, donde le manifestó que no era posible que una mujer influenciara a un obispo y le aconsejó: «Si usted lo quiere bien, debe permanecer

oculta para que no se la vea».

Sin duda la única manera de parar la conjura contra mí era separar radicalmente a Clelia de la curia y de la asistencia que prestaba a mis trabajos, y luego escribir una carta de total sumisión y acatamiento de las disposiciones de Roma, manifestando que mi ruptura con Clelia se había producido en forma total y definitiva. Pero yo en conciencia no podía proceder así; me parecía una felonía, una falta de dignidad, una vejación irreparable e injustificada para con Clelia... Por otra parte, la trama de la confabulación estaba ya muy anudada y, en el mejor de los casos, sólo lograría un traslado a un cargo sin diócesis, fuera de mi país. Mi permanencia en Avellaneda era ya imposible pues la renuncia escrita estaba en poder del Vaticano y no se volverían atrás.

No es del caso relatar aquí las cosas desagradables a que me sometieron para lograr que abandonara inmediatamente Avellaneda, de donde fui prácticamente desalojado mediante procedimientos engañosos. El nuncio, además de prohibir a los demás obispos intervenir en este asunto, me creó una insostenible, situación familiar valiéndose de medios incalificables. La gran satisfacción, en medio de tantos manejos sucios fue la reacción tan positiva de mis sacerdotes, que escribieron a Roma y al Papa para dar testimonio de mi conducta y diciendo que de ningún modo habían visto motivos de escándalo en ella.

Me he extendido un poco en estos aspectos que hacen al ámbito en que se fue conformando nuestra pareja porque, frente a la versión sucia de que mi renuncia tenía como motivo puro y simple el haberme “enredado con una mujer” tengo la obligación de decir que la presencia de Clelia fue un motivo ocasional y que la causa fundamental fueron los móviles políticos.

Ciertamente, mi amistad con Clelia fue distorsionada para sensibilizar y preocupar al Papa, al cual se le había dicho que desde el gobierno se amenazaba con lanzar a la opinión

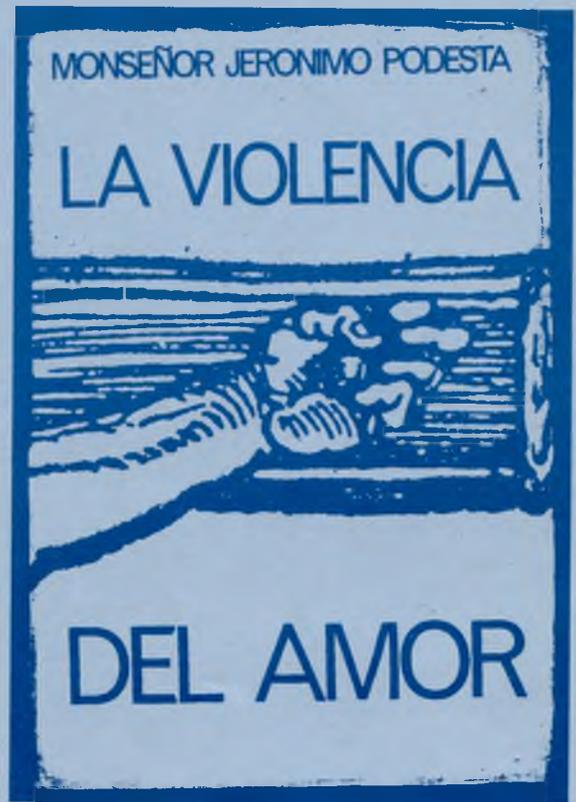
pública un grave escándalo.

Por los motivos ampliamente apuntados, no volví a habitar en casa de mi familia, sino que pasé el verano en la de unos amigos donde preparamos con Clelia el material de nuestro primer libro. Mi condición era la de obispo desocupado, sin cargo alguno: obispo de Orrea de Aninico (una diócesis ya desaparecida).

PAREJA SACERDOTAL

Allí tuvimos, con Clelia, la ocasión de reflexionar mucho sobre la Iglesia a la luz de Cristo y de su Evangelio. No diré que fue un proceso de crisis, sino de revisión de mi visión de Fe. Fue un proceso de maduración en el que se me develaron con nueva luz muchos interrogantes que, hasta ese momento no habían tenido otra respuesta que el acatamiento a la autoridad doctrinal del magisterio de Roma; o sea, la aceptación -sin luz personal- de la visión oficial de la Iglesia. Pero ya el Concilio había sentado algunos puntos de partida desde los cuales se abrían perspectivas nuevas y verdaderos cambios, que debían operarse y que, lamentablemente, todavía están en gestación: comprensión cabal de que la Iglesia es todo el Pueblo de Dios, que la Fe de la Iglesia es por lo tanto la Fe del Pueblo de Dios; comprensión de que Dios se «revela» en el hombre y en la historia, y que por lo tanto cada giro de la historia y el crecimiento de la conciencia humana nos presentan nuevas perspectivas de Fe. Nueva valoración de la conciencia personal, a la que debe dársele primacía absoluta en la toma de decisiones por encima de las leyes e instituciones eclesíásticas; o sea, primacía del «carisma» sobre la «institución jurídica».

A medida que se agrandaba la visión de Cristo, se relativizaba o «desmitificaba» la visión de Iglesia que el papado y Roma habían logrado imponer en un largo proceso histórico, durante el cual la Iglesia se abroqueló como



“institución” y sentí que es imperiosamente necesario que los hombres de Fe, a partir Concilio Vaticano II y en este giro de la historia, traten de escuchar en profundidad lo que el Espíritu quiere decir a la Iglesia-Pueblo de Dios.

Asimismo leímos y releímos las admirables páginas que Teilhard de Chardin dejó escritas, sin publicar sobre el amor y la relación hombre-mujer; páginas en las que avizora el futuro de la pareja humana no como la relación del uno frente al otro, sino como la de dos que, juntos, miran «hacia arriba y hacia adelante». Nos vimos reflejados en esta descripción de una pareja en vocación, o como vos decidiste llamarla «la pareja sacerdotal».

Por la índole de este testimonio no corresponde reseñar cómo seguimos luchando juntos a partir de 1968, pero sí debemos señalar la generosidad y el esfuerzo con que enfrentamos tantos vacíos, tantas incomprendiones y tantos obstáculos que el “sistema” y la “institución eclesíástica” nos

pusieron para sepultarnos en el ostracismo y en la muerte civil. ¡Cuántas veces hube de recordar aquel vaticinio de Dom Helder: «Clelia será su fuerza»...!

Debo señalar asimismo que, fuera del marco institucional, siempre encontramos acogida cordial de parte de los cristianos sencillos y del hombre común no atado a prejuicios, y que, además, mucha gente nos ha considerado y nos considera como un signo de autenticidad, de coraje humano y de libertad.

Muchos sacerdotes esperaron que yo me convirtiera en un líder de la lucha contra el celibato. Esa no ha sido propiamente nuestra lucha. Nuestra lucha ha tenido siempre como paradigma a Cristo, que vino a decirnos el cabal sentido del hombre en su dimensión personal y social. Nuestro testimonio tenía por objetivo mostrar un camino en la realización del «hombre nuevo» y mostrar un nuevo valor que debe florecer en el mundo: la pareja unida en vocación. Puede parecer extraño que esto lo testimonie una pareja sacerdotal.

Sin embargo, es lógico que así sea. Para nosotros la Iglesia, la comunidad cristiana, debe ser la conciencia madura y el modelo de lo que deben ser el mundo y la sociedad. El cristiano, y en primer lugar el sacerdote, debe ser la conciencia madura y el modelo cabal del

hombre, que en plenitud es el hombre total: varón-mujer.

Nunca tuvimos la intención de luchar contra una ley institucional, canónica, cuanto más que para nosotros el celibato es una decisión de espera, una actitud de disponibilidad ante lo que Dios pueda llegar a pedir. Creemos que el sacerdote no debe casarse sino ante el “acontecimiento de gracia” de un verdadero,

profundo y maduro encuentro en vocación de consagración.

No decidimos convivir bajo el mismo techo sino en 1972; es decir, cuatro años después de mi salida de Avellaneda. Fue cuando la Iglesia institucional me dio la sanción por la cual se me prohibía el ejercicio público del ministerio episcopal, lo cual sucedió el mismo día en que acudimos a declarar ante la Cámara Federal del Crimen como testigos de la defensa por la muerte del doctor Oberdán Sallustro.

Aquí también es necesario poner de manifiesto cuánto hemos tenido que chocar para dar nuestro testimonio de pareja en el ámbito de una sociedad machista que, en muchas ocasiones, reclama la presencia del varón solo y excluye o se molesta con la presencia de la mujer. Nosotros decidimos enfrentar esta situación presentándonos siempre juntos... Aún hace poco -por supuesto, hacia el final del «Proceso»- un mezquino y agresivo



comentarista de radio lanzó una injustificada diatriba contra «ese obispo que se muestra en todas partes con su concubina».

Uno de los hombres de Iglesia que, sin ser un gran amigo, siempre me trató amistosa y cordialmente desde la época del Concilio, es el cardenal de Santiago de Chile: Monseñor Silva Henríquez. Siempre que pude, a mi paso por Santiago, pasé a visitarlo. Traté con él temas referentes a nuestros dos países, y siempre con gran cordialidad. Después de algunas entrevistas, le pareció que no podía dejar de interesarse por mi situación eclesiástica y lo hizo con sencillez y delicadeza. Entonces yo le dije: «Señor cardenal, yo ya soy un hombre grande y usted no va a creer que me ata un vínculo sensual o superficialmente afectivo. Yo quiero contestarle a usted con una expresión bíblica que refleja cabalmente nuestra relación con Clelia: “Lo que Dios ha unido, el hombre no lo separe”».

He tocado varios temas que requerirían una exposición más completa y a fondo, y que pienso desarrollar en otro libro. Aquí también debo insinuar otro de esos temas que exigen un análisis más hondo, que no puedo dejar de mencionar.

NUESTRO AMOR:

No quiero soslayar el aspecto físico de

nuestra unión; de ninguna manera pretendo reducirla al aspecto espiritual, sino testimoniar que hemos gozado de una plenitud insospechada.

Creo haber dicho ya que nuestro encuentro podía expresarse diciendo que nuestras almas se tocaron. Cuando decidimos llevar nuestra unión a su plenitud, incluyendo todas las realidades físicas, ya sabíamos que era un «misterio grande». No teníamos el asomo de temor, y jamás sentimos el menor asomo de culpa o de pecado. Nuestra vida íntima fue siempre desde el principio, una verdadera maravilla: de plenitud y de una riqueza inefables. Hemos vivido nuestra intimidad como un misterio de pureza, de amor, de fusión, de complementación, de entrega, de exaltación física y espiritual al mismo tiempo. El amor espiritualiza la materia y la materia vehiculiza e instrumentaliza al espíritu. ¡Cómo quisiéramos poder explicar esta maravilla!

Para los que entienden el lenguaje de la teología no tendría nada mejor que decir que en la unión íntima se realiza para nosotros el «sacramento» del amor: el cuerpo movido e instrumentado por el espíritu, y éste encarnado en las realidades físicas y expresándose a través de todas las fibras, vibraciones y sentidos corporales... ¡Qué maravilla! Lo físico, lo afectivo y lo místico amalgamados en la realidad de una plenitud total.

Digo también “unión mística” porque en nuestra entrega física sentíamos -y así lo queríamos



expresamente- que revivía el misterio de la entrega de Cristo a su Iglesia. No hemos podido nunca separar esta sensación de plenitud en la entrega mutua, de la sensación de estar comprometidos como pareja en la entrega a nuestros hermanos, los hombres, para la salvación del mundo.

UNA VIDA

Hemos sentido, lógicamente, el cansancio o el desgaste de lo físico en ciertas épocas o momentos, pero jamás hemos perdido el sentido hondo de la entrega. El cuerpo no ha sido jamás el enemigo, sino siempre el mejor y más servicial compañero: el gran medio de expresión y encuentro.



**Vivimos
nuestra
pareja
con la
absoluta
seguridad
de que
no hemos
sido
defraudados
en
nuestra
opción
que para
nosotros
es
siempre
gozosa.**

Finalmente debo también decir que, en la tarea de construirnos y madurarnos mutuamente, hemos manejado abundantemente el cincel y el buril. Clelia, sobre todo, debió pulir y grabar con eficacia muchas cosas en mí. Para darme forma tuvo que manejar el cincel, y a veces también el martillo... Hemos discutido bastante al intercambiar nuestros puntos de vista, y a veces el intercambio de ideas se hizo tenso y hasta áspero, tanto más cuanto que nuestros temperamentos son complementarios, pero no similares. Pero, así y todo, siempre hemos sabido que lo nuestro es indestructible e irreversible...

Juntos y unidos hemos desafiado y afrontado todo. Hemos sobrellevado juntos y unidos la difamación y la persecución, la muerte civil y el exilio, la más dura pobreza material y la separación de nuestras hijas (las seis maravillas que Clelia me regaló); y hemos sufrido porque sobre ellas también se cebó la persecución, el abandono del exilio, el coletazo de nuestra pobreza y la sombra de nuestra infamia que también la sociedad volcó sobre ellas.

Y ahora seguimos viviendo nuestra pareja, con la sola inquietud de testimoniar, de dar lo más posible de nuestra riqueza, pero con la absoluta seguridad de que no hemos sido defraudados en nuestra opción, opción que muchos considerarán ardua y difícil, pero que para nosotros fue -y sigue siendo- siempre gozosa.

Y así estamos hoy en permanente actitud de disponibilidad, y seguros de que estamos anunciando vivencialmente un valor con el que el mundo debe enriquecerse.

Jerónimo.

(Tomado "EL VATICANO DICE NO".

Ediciones Letra Buena. Buenos Aires. 1992

Págs. 13-44)

SACRAMENTOS DE LA VIDA

**Si los sacramentos
son signos del encuentro
de la persona con Dios...**

**¡qué sacramento
más admirable
es el encuentro amoroso!**

**¡qué misteriosos son
los caminos de Dios!**

**Desde la sinceridad
nos podemos alegrar
con la ternura
de Jerónimo Obispo.**

**Un obispo
que no se dejó tragar
por el personaje
sino que siempre fue fiel
a sí mismo,
a Dios
y a su conciencia.**

«...Aquí llega Jerónimo a mi vida. Esta carta fue escrita el día que habría de conocerlo. Sólo habíamos hablado por teléfono, yo lo llamé para pedirle una entrevista. Después de un tiempo nos confesamos que ambos sentimos algo muy especial en ese primer contacto...»

... .. «...Debo cantar un cántico de acción de gracias por lo que viví, vivo y habré de vivir.. Hoy estuve con Podestá. Es un hombre maravilloso... No dejaba de pensar que con hombres así qué distinta sería la Iglesia...

... Querida Clelia, ¡Dios nos ha unido tanto! nos ha unido en una misión y vocación común. No podemos dejar de sentirnos también en lo humano estrechamente unidos... para la mejor realización de nuestra misión...»

“Tantas veces nos preguntan: ¿qué pretenden ustedes? y siempre respondemos lo mismo: sólo abrir caminos de Libertad, sin ella no crecemos, no vemos, no estamos vivos para dar a la historia lo que necesita de cada uno de nosotros”

... .. Querido Jerónimo: Hoy pregunté a Dios por qué quiero, por qué amo así; no quería amar, se sufre. De lo profundo de mi alma, vino la respuesta: así tengo que quererte. Es cierto que me has dado mucha felicidad al compartir todo lo tuyo, pero también es cierto -y lo sé en toda su profundidad- que es renunciamiento... Tus manos, Jerónimo, amo tus manos ...

... .. Clelia querida, te amo mucho, te amo de veras, te amo bien; te quiero mucho, muchísimo, con todo mi ser. No quiero ni la más leve sombra que pueda empañar la dignidad y nobleza de este cariño. Asimismo te digo que no debemos permitir la más leve rebaja del nivel y de la dimensión que Dios le ha dado a nuestro encuentro.

... ..

Querida Clelia: He releído unas cuantas veces tu carta del dos de enero y no me canso de releerla, está tan linda, tan justa, tan equilibrada y expresa con tanta fuerza y verdad lo espiritual y con tanta delicadeza y discreción lo más amable y humano, que se me ocurre aplicarte un lindísimo texto de San Pablo: 'Apareció la benignidad y la humanidad de Dios nuestro Salvador'.

Me encuentro realmente bien. Después de la misa he estado el día a caballo y al sol hasta el caer de la tarde. Sólo bajé del caballo para almorzar y para darme un baño en la represa.

Clelia querida, había pensado moderar un poco mis sentimientos para que no me extrañes demasiado. Quisiera que me pongas en Dios y allí me dejes. Será mucho mejor y nuestro amor saldrá ganando, pero te he prometido ser transparente y aunque pensé callarlo no puedo dejar de decirte, mi Clelia del alma, que te quiero mucho, muchísimo y te extraño tanto, pero tanto, como no te podés dar una idea.

Todo me lleva hacia vos, lo espiritual y lo humano; la misa, las oraciones, la lectura, y también lo sensible, la naturaleza, los paisajes, los ejercicios y el descanso. No hago más que recordar la tarde que pasamos juntos, aquí en Carapé, con Clara, Alejandra y Bebita. Qué lindo hubiera sido pasar unos días juntos.

Estoy como despertando de un sueño, comprendiendo cada día más tu amor y tu cariño, voy descubriendo más y más cuánto te quiero. No sé qué es mejor si estar lejos o cerca. Al principio no me daba cuenta y por eso te preguntaba y quería que me dijese que me querías. Tu amor me parecía inmerecido, me



parecía imposible que me quisieras así; pensaba que me querías sólo en Dios, que tu afecto era para el sacerdote y nada más. Eso me parecía bastante, demasiado... Pero ahora sí me doy cuenta, sé bien cuánto me amas, ahora estoy tan seguro, vivo y siento tu amor, tu amor grande, inmenso, que por momentos casi tendría miedo si junto con una tremenda exaltación y alegría no conociese a la Clelia de Dios, si no estuviese tan seguro de ella. Jerónimo nunca amó así, ni pensó, ni se le ocurrió jamás que podría amar así.

... ..

«Querida Clelia: Ayer a la noche te fuiste de Carapé después de tu visita, que a pesar de haber sido tan fugaz me ha dejado tan feliz.

Tu idea de dar un paseo a caballo nosotros dos solos fue maravillosa. ¡Cuánto gocé contigo! ¡Cuánto me hubiera gustado que te quedases! Pero me alegro de que hayas vuelto lo más pronto posible a estar con tus hijas, a las que considero espiritualmente mías.

... ..

«Querida Clelia: Esta carta comenzada el quince, recién la

estoy terminando en la noche del dieciséis. He tenido que interrumpirla varias veces y quizás ha sido una ventaja, pues a medida que voy escribiéndote, voy profundizando muchas cosas.

Primero de todo ha sido darme cuenta de que la Clelia que yo amo, la que yo he aceptado definitivamente, no es una entelequia, no es un ideal, no es una persona ilusoria, sino mi Clelia real, concreta, maravillosa en su realidad, es la Clelia que Dios me ha dado al hacerme encontrar con ella. No la amo porque es una persona que está por encima de la realidad humana, sino porque es una mujer maravillosa en su realidad concreta y humana,

porque gracias a Dios nos hemos encontrado para construir juntos un camino hacia Dios.

Segundo, he tenido que vivir muy a fondo la dinámica del amor verdadero: es mucho más feliz el dar que recibir. He tenido que jugarme entero y conscientemente porque me entregué a Clelia en forma total, no para recibir de ella, sino para dar, para darme; para darle lo poco mío.

Tercero y no es nada fácil explicar esto porque me ha permitido adentrarme en la profundidad de lo que es una elección libre, soberanamente libre, como lo es la elección del amor. Las cualidades de la persona están en el origen de la elección, sin duda. Pero el amor verdadero va más allá, hasta discernir el núcleo de la persona. El que ama de verdad, elige una persona no por lo que es, sino por ser 'quien'es. Por eso el amor tiene siempre el sabor de lo más íntimo, de lo maravilloso, es un encuentro en la profundidad

... ..

«Hoy he rezado intensamente. Dios me está vaciando de mí mismo de una manera tremenda. Si sigo así no me quedará ni pizca de amor propio...»

... ..

«Querida Clelia: ... La verdad es que a vos te debo ese maravilloso acercamiento con Monseñor Cámara, que sin duda es un hombre de Dios, un verdadero Profeta. Quisiera tener la fuerza de oración que él tiene para hablar todas las noches,



interrumpiendo su sueño durante dos horas, con 'Su Padre'.

Vos me dijiste: Cuando uno reza profundamente, es Él quien ora dentro de uno. En realidad ésta es la verdad elemental: 'El Espíritu clama dentro de vosotros con clamor inefable' y es la esencia de la misa: Así lo sentí hoy. Cada

día te amo más y mejor.»

... ..

«Querida Clelia: Acabo de recibir tu última carta escrita desde Córdoba antes de tu partida para Buenos Aires. Me da una alegría inmensa tu excelente estado espiritual, que gracias a Dios, concuerda maravillosamente con el mío.

Todo es gracia y todo palidece y se agranda al mismo tiempo, frente a Dios. ¡Sólo Dios basta!...»

... ..

«Querida Clelia: Ayer recibí tu última carta, tan hermosa como larga. La leí despacio y quería contestarla punto por punto, pero preferí meditarla y conversar contigo interiormente. Por ella me entero que hemos

coincidido tanto, ¡pero tanto! que me pareció más oportuno comentarla juntos de viva voz. Estoy ansioso por verte, por estar contigo y poder conversar largamente acerca de todo. Cada vez veo lo nuestro con más claridad, como una gracia enorme, como algo que madura, ¡Que el Señor que ha comenzado en nosotros tan grande obra, quiera El mismo llevarla a su perfección y consumación!



SOMOS IGLESIA

LA IGLESIA DEL AÑO 2000

*Entrevista a monseñor Podestá
publicada en junio de 1969 en la revista "2001"*

No poseo una bola de cristal y debo confesar que no domino los métodos de prospectiva. Pero sin embargo, es factible decir algo acerca de la Iglesia en el año 2001.

No se trata de «adivinar» por eso no hace falta la bola del adivino. Se trata de «intuición» y los métodos de prospectiva no suplen la intuición, sólo la estimulan la encausan y la completan. No se busca en lo que he de decir, la precisión del detalle. Ello implicaría solamente un afán de curiosidad. Como en el arte del retrato, lo que importa no es la copia exacta de la forma exterior, sino el reflejo de la verdad profunda de la persona y del espíritu... Lo que se diga acerca de las formas concretas o estructuras visibles no interesa por ellas mismas, sino en cuanto que a través de ellas se intenta discernir y dibujar una imagen interior, un espíritu.

El «profeta» cristiano trata de penetrar e interpretar los signos de los tiempos. Trata de «ver» en profundidad «lo actual» y de «interpretarlo» a la luz de la Fe. Precisamente porque la Fe le abre el sentido profundo, en lo actual se conecta con lo eterno del hombre y descubre el hilo conductor de la historia.

La lectura del profeta se hace en pantalla panorámica. Su visión centrada en el hoy, abarca también las zonas de penumbra, o mejor dicho, de claroscuro. El que percibe sólo el hoy, tiene visión científica. Sólo la percepción global del «acontecimiento cristiano», abre la perspectiva de la visión esencial profunda, profética... El profeta inscribe el hoy, en un campo visual que abarca el «origen» y el «fin», el punto alfa y el punto omega. Son los puntos que he llamado de claroscuro, porque de su penumbra brotan

poderosos rayos de luz que iluminan toda la superficie, o mejor dicho, todo el cielo o firmamento de la historia humana, al modo del nacimiento y puesta del sol. Por eso puede decirse que el profeta percibe el futuro, porque ve el hoy en la perspectiva de la historia, en la perspectiva que va desde el origen a la parusía.

Además el profeta percibe sólo la dirección y el sentido. El proceso en sí, se le presenta siempre ambiguo, con el contraste de dos posibilidades: es la dimensión apocalíptica inherente a toda visión profética. El profeta ve el vértice apocalíptico, pero no sabe por cuál de las dos vertientes ascenderá el hombre: si su libertad elegirá la ladera ascendente y constructiva del bien y la verdad, o tendrá que purificarse cayendo por el despeñadero del mal.

Nuestra visión debe ser pues, evangélica y escatológica. Es necesario proyectar la realidad en el ámbito de una visión Bíblica, que incluye del Génesis al Apocalipsis y tiene en su centro a Cristo y su Evangelio. Para simplificar podríamos decir: proyectar todo aquello que en el Concilio tiene su referencia cronológica (porque él es su acontecimiento manifestativo), sobre el telón de fondo de una visión bíblica. Al decir Concilio incluimos, evidentemente, los elementos y fuentes humanas en donde se pueden develar los «Signos de los Tiempos».

Todos conocen cuáles son esos «signos» fundamentales: personalización, secularización y participación social, etc., que son los elementos característicos en que se fundamentan las respuestas.

El Apocalipsis es el Evangelio Eterno y no se le debe poner en el tiempo. Pretender ubicarlo cronológicamente, es una aberración, porque no tiene tiempo, porque lo trasciende; sólo se pueden buscar -a

posteriori- en la historia, los momentos apocalípticos, que son «tipos» de su mensaje eterno.

Pero es necesaria la visión apocalíptica; es necesario poner el Apocalipsis en la Historia. En él se nos desvelan los dinamismos de la Historia y cómo juegan en el proceso histórico, pero no la faz cronológica de ese proceso.

Así como no se puede entender al hombre sin visión evangélica, no se puede entender la historia y en ella el proceso de la Iglesia sin visión apocalíptica.

Como presupuesto debo aclarar finalmente que la fecha del año 2.000 puede entenderse de dos maneras:

a) Como fecha simbólica, que señala el fin o consumación de los tiempos, la época de la «plenitud» humana.

b) Como referencia cronológica para un ensayo de prospectiva.

En este ensayo la visualizaremos predominantemente en este segundo sentido. Creo que debemos evitar a toda costa el equívoco en que cayeron muchos cristianos al avisorar el fin del primer milenio. Por otra parte, nuestro sentido del tiempo cronológico y la proximidad del año 2.000 nos inhiben ya de hacer de él un momento símbolo, aunque sí podríamos hacer de él un momento «tipo».

Por esto último, podemos sustraernos totalmente a la necesidad de prospectar en él, la visión de los «cielos nuevos y la tierra nueva».

¿EXISTIRÁ EN EL AÑO 2000 EL VATICANO?

Si el Occidente cristiano se endurece en su pecado, el Vaticano será arrasado. Por los años 1956-57 ya se tuvo la sensación de esto, en la época más aguda de la «guerra fría». Recuerdo el sentido apocalíptico con que Pío XII -sin recargar el dramatismo del momento- dijo en un discurso pronunciado en San Pedro, que los escombros de la cúpula Vaticana podrían sepultar un día la tumba del Apóstol Pedro, pero la Iglesia seguiría más fuerte que nunca, en la medida en que la Fe estuviese viva en los corazones de los creyentes.

Pero el Apocalipsis nos enseña que el pecado del mundo se convierte en «prostitución», en «misterio de iniquidad», cuando se instala en el seno de la Iglesia. Por eso considero que la causa de ese posible castigo, no

será tanto la persistencia de las categorías de lucro y dominación, dentro de la civilización cristiana, cuanto la connivencia de Roma con esa «prostitución». Sería el caso de la visión del Apocalipsis, de la mujer montada sobre la bestia, que ambas van a dar finalmente al abismo.

Pienso que para el año 2.000, la conversión de Roma hará que la Iglesia se haya despojado del Vaticano. La Sede del Papa seguirá siendo todavía Roma, pero se habrá convertido en Signo de servicio y pobreza, por el despojo de toda riqueza y poder temporal.

En cambio si tomásemos la fecha en sentido simbólico, pienso que después de establecerse como peregrina en diversos lugares, la Sede Romana, desatada de todo compromiso con el «Imperio» se establecerá finalmente en Jerusalén, cuando la Iglesia alcance su plenitud espiritual por el reencuentro de los judíos con Cristo.

PAPA Y OBISPOS...

¿MINISTERIOS VITALICIOS?

El cargo de Papa y de Obispo no será vitalicio. El de obispo ya no lo es, porque el Concilio los invita a renunciar a una determinada edad. En cuanto al Papa ya se habla sin extrañeza de la posibilidad de su renuncia. Tampoco serán cargos cuyo ejercicio esté determinado por un período fijo de tiempo. Su duración dependerá de las circunstancias y será definida por decisión personal del que lo ocupe, atendiendo a una consulta o recomendación colegiada del cuerpo episcopal y habida cuenta de la reacción u opinión del Pueblo de Dios.

EL CONCILIO HA HABLADO MUCHO DE LA COLEGIALIDAD...

La autoridad máxima no será nunca ni el Papa solo, ni un Colegio que lo suplante. La autoridad máxima será siempre como la instituyó Cristo: El Papa con el Colegio de Obispos. La Potestad Suprema de la Iglesia reside en el Cuerpo Episcopal bajo la presidencia del Papa. Pero el ejercicio de esta potestad, en lugar de hacerse como hasta ahora, por el Papa solo, como cabeza y representante de todo el Cuerpo Episcopal, asumirá su forma colegial de manera cada vez más permanente, no sólo en la forma solemne de Concilio, sino también mediante nuevas formas de consulta y convocatorias

sinodales. Los organismos centrales de gobierno, dejarán de ser exclusivamente órganos de la Sede Romana, para ser órganos verdaderamente representativos del episcopado universal. Conforme a los signos de los tiempos, la norma será la participación».

¿CARDENALES? ¿PAPA?

El Cardenalato ya no existirá más. Su paso progresivo a funciones puramente honoríficas ha sellado su suerte. Las formas «principescas» de esa institución, no son evangélicas ni coinciden con los signos de los tiempos. En una Iglesia evangélica y moderna, habrá peritos de alto nivel, pero sin que ello comporte un «status», ni privilegios personales; serán funciones ejercidas en las condiciones que exige un mayor servicio.

La elección del Papa recaerá en forma más directa en el episcopado universal. Es absolutamente lógico y normal que sea el Cuerpo el que se dé su propia Cabeza. He dicho «más directa», porque no es previsible la forma concreta de elección, que sufrirá una serie de experiencias y puede ser modificada para cada caso. Esta designación será a mi entender de resorte exclusivo del episcopado universal, pero se tendrá cada vez mayor conciencia de responder, no a un criterio personal, sino a las expectativas concretas del Pueblo de Dios.

Y... ¿CLÉRIGOS O LAICOS?

Habida cuenta del proceso de «personalización»

y de las expectativas humanas de plena «participación», no cabe duda que el laicado adquirirá en la Iglesia una situación preponderante. Por supuesto que las decisiones que afecten a la conducción eclesial, serán del resorte último de los Obispos, pero el laicado tendrá una amplia participación en la elaboración de esas decisiones

y una gran autonomía en las decisiones y opciones que le corresponden en el orden de su propia competencia, que será ampliamente reconocida. Al mismo tiempo que la «participación» del laicado terminará con las estructuras clericalizadas, el proceso de «secularización» terminará con el espíritu clerical. Pero no se trata de definir *quien pesará más*. Todo compete al Pueblo de Dios, en una forma a la Jerarquía y en otra forma al laicado. Repito que las decisiones últimas de conducción, la función de gobierno eclesial, corresponderá siempre a la Jerarquía pero en función auténtica de servicio de un Pueblo de Dios adulto.

¿HABRÁ MÁS INTERVENCIONES DEL MAGISTERIO ECLESIÁSTICO?

Estoy convencido de que la función del Magisterio se descentralizará cada vez más. La voz del Papa -en cuanto tal- no resonará permanentemente y en forma

casi exclusiva sobre el ámbito de toda la Iglesia, sino en los momentos y para las cuestiones más importantes; dado que el plano más importante de la conducción es el magisterial, como dije más arriba, también en el ejercicio del Magisterio Supremo, tendrá mucho mayor lugar la participación y consulta colegial. La importancia y frecuencia de las intervenciones del Magisterio ordinario del Papa, variará de uno a otro y dependerá en



gran medida del carisma personal de cada Pontífice. Los Papas que posean mayor carisma profético tendrán una voz de mayor resonancia. De todos modos el Magisterio de la Iglesia dejará de dar la imagen de una voz monótona. Se acrecentará la importancia del ejercicio del Magisterio en las Iglesias locales. La Iglesia será más católica, o sea, más universal y pluralista. El ejercicio local del Magisterio, a su vez, asumirá y tendrá más en cuenta el carisma profético del Pueblo de Dios, a la par que mostrará mayor conexión con la vida; será un magisterio más encarnado y vivo. Como Jesús que comenzó por «hacer y decir», se exigirá que la palabra se ejemplifique en gestos y actitudes coherentes y en modelos vivos.



¿PIENSA QUE HABRÁ MODIFICACIONES EN CUANTO A DIVORCIO, CELIBATO, CONTROL DE LA NATALIDAD?

Asistimos ya al tránsito de una moral cerrada a una moral abierta. Una nueva visión antropológica, la superación del concepto de naturaleza cerrada -ya hecha- y la concepción del hombre como ser en “proceso” el crecimiento de la conciencia del hombre, principalmente en cuanto a su condición de persona y a la autonomía y libertad que le competen, constituyen los presupuestos básicos para un nuevo enfoque de la moral. Por eso son de preverse modificaciones en las materias indicadas.

En cuanto al control de la natalidad, la controversia suscitada por la última encíclica papal, dará paso al esclarecimiento de la noción de naturaleza y de la relación persona-naturaleza, a la par que el progreso científico en el conocimiento de la naturaleza



humana, ofrecerán posibilidades mucho mayores para el ejercicio de la Paternidad responsable. El amor, como plenificación del hombre y objetivo esencial del matrimonio, pasará decisivamente a ser el eje y centro de la moral conyugal.

Además, un nuevo enfoque del misterio sacramental, aplicado a un «universo personal», permitirá una nueva interpretación de la indisolubilidad del amor conyugal, confirmada por Cristo en el evangelio. No es el rito solo ni la ley sola, lo que hace indisoluble al amor conyugal; es la fuerza de su verdad

intrínseca -misterio de gracia y libertad- que no puede ser suplida ni por la ley ni por el rito.

El actual sistema jurídico evolucionará en el sentido de que lo personal será tenido primordialmente en cuenta. La ley tendrá que respetar la verdad del amor, y para la validez del sacramento se atenderá mucho más a la verdad subjetiva, personal, que a la objetividad del rito.

En el sacerdocio se darán las dos opciones de célibe y casado. Pero esta transformación estará condicionada a un doble cambio, estructural y conceptual. El sacerdocio casado implicará un profundo cambio en las estructuras comunitarias de la Iglesia. El proceso de secularización habrá avanzado profundamente y la liquidación de las estructuras sociales de «cristiandad» habrán diluido la imagen del clero como casta o «status» social;

el sacerdote se hallará mucho más asimilado a la comunidad humana y entonces será posible y conveniente la presencia del sacerdote casado en el seno de una nueva estructura comunitaria. La comunidad cristiana se estructurará en pequeñas comunidades, donde la comunión en la Fe y en la vida y compromiso cristiano sea más profunda y auténtica, a modo de fermento de la comunidad humana.

Implicará también -y en primer lugar- un profundo cambio conceptual. Es necesario insistir en esto, por cuanto los que hoy levantan el problema del casamiento de los sacerdotes, no lo plantean adecuadamente. Se suele llamar falsamente «planteo pastoral» a un enfoque que responde a exigencias o necesidades prácticas, lo cual me parece muy pobre y además implica el mantenimiento del concepto que hace del matrimonio un «remedio» para evitar mayores males.

El casamiento de los sacerdotes no será considerado como una «concesión» a la sexualidad o como un simple remedio «pastoral» a la escasez de sacerdotes. La valoración más profunda de la riqueza humana y espiritual del amor conyugal, permitirá aceptar esta opción con criterio positivo, pastoral y ascéticamente, que requerirá la profundización de ambas «vocaciones», para hacer una sola: matrimonio-sacerdocio.

El cambio conceptual consistirá pues, en que nuestra cultura acepte plenamente la complementariedad esencial de los sexos en el plano de la vocación o realización personal y el misterio de lo femenino». En concreto implica el reconocimiento de que la mujer plenifica al varón en su dimensión de «persona».

En ese contexto cultural no habrá siquiera opción entre célibe o casado, porque no se abrazará el sacerdocio por el ingreso a un «estado jurídico» de vida.

No se optará por ser sacerdote casado o célibe, porque ni siquiera se accederá al sacerdocio como quien opta por una profesión. La comunidad eclesial reconocerá el carisma sacerdotal en hombres casados o solteros.

Los que hayan accedido al sacerdocio como líderes religiosos de una comunidad siendo célibes, permanecerán célibes o se casarán, si se da en ellos el «encuentro» con una mujer que los plenifique humana y sacerdotalmente, mejor dicho, que los plenifique en cuanto «personas».

Los que permanezcan célibes no lo harán por haber optado permanecer en un «estado» especial de vida, sino por responder a una opción o situación personal.

Los casados que vean frustrado o mal realizado su matrimonio, estarán sujetos a que la comunidad

eclesial considere la conveniencia de que permanezcan -o no- en el ejercicio de su ministerio.

Me he referido expresamente al **varón sacerdote**, por cuanto si no se puede excluir «a priori» la posibilidad de la «**mujer sacerdote**» creo personalmente que el problema del sacerdocio femenino, debe plantearse más bien en la línea de la complementariedad sacerdotal de la mujer.

Creo sinceramente que el **Sacerdocio femenino** no consiste en el logro de la mujer sacerdote, sino en la realización de la **pareja sacerdotal**.

Lo primero me parece ubicarse en la perspectiva de la «emancipación de la mujer», que no me parece acertada. Lo segundo en cambio, se sitúa en la perspectiva de la «liberación de la mujer», de la «promoción de lo femenino», que responde a una justa visión bíblica del problema de la mujer.

Sin embargo, no puedo excluir que el camino a recorrer tenga que pasar primero por la etapa de la mujer sacerdote, pero no lo creo así.

Digo que no puedo excluir un proceso que no es el más acertado, porque evidentemente este cambio no sobrevendrá sin grandes tensiones, graves riesgos, dolorosas experiencias y penosos tanteos e incertidumbres.

Los que amamos y reverenciamos a María, Madre y Esposa de Dios, como símbolo ideal de lo femenino, como modelo de Mujer, lamentaríamos que la conducción de este proceso siga inspirándose en el desconocimiento del misterio profundo de la mujer.

Y EL MINISTERIO SACERDOTAL...

El sacerdote desligado del sobrecargo de funciones burocráticas y administrativas que le impone la gran estructura institucional y habiendo devuelto al laicado adulto la mayoría de las funciones de atención y servicio de la comunidad, estará más profundamente metido en la función profética. Pero como estará al mismo tiempo más asimilado a la comunidad humana, ejercerá al mismo tiempo muy diversas tareas humanas, de las cuales vivirá. Evidentemente que habrá un pequeño número de sacerdotes «full time» para el culto y la administración, que vivirán exclusivamente de la comunidad cristiana. Adviértase que siendo el sacerdocio una vocación, ocupa interiormente la

totalidad de la vida. El trabajo será una forma de vivir el sacerdocio. Además no se vivirá del culto, como de una prestación económicamente retribuible, sino verdaderamente del aporte de la comunidad.

No existirán los actuales seminarios. El sacerdote se formará plenamente metido en la vida, en el seno de la comunidad humana y cristiana. Será un «segregado» por su cualidad espiritual, pero no un segregado social.

¿PODRÁN ASUMIR COMPROMISOS POLÍTICOS O SINDICALES?

No será extraño pues, que asuma compromisos políticos o sindicales, pero su «especialización espiritual» hará que deje preferentemente a los laicos los compromisos que entrañen responsabilidad de conducción temporal.

DERECHO CANÓNICO... ¿ABOLIDO O MODIFICADO?

El derecho canónico existirá siempre, mientras haya Iglesia visible, pero se habrá mitigado la mentalidad y la concepción juricista de una Iglesia, en la que las formas y estructuras fuerte y poderosamente institucionalizadas, habrán cedido el lugar a una estructura más simple y más difusa, porque más encarnada, correspondiente a un Pueblo de Dios secularizado y al mismo tiempo personalizado y adulto en la Fe. Las normas jurídicas estarán mucho más descentralizadas, y tendrán la flexibilidad exigida por una situación de pluralismo intraeclesial y de diversidad regional.

¿DÓNDE SE DARÁ CULTO A DIOS?

El culto tendrá normalmente un ejercicio más doméstico y comunitario, en locales más íntimos y familiares, pero no dejarán de existir templos adecuados a la época, para las grandes asambleas cristianas.

Como dije en la introducción, nadie puede predecir acerca del proceso, que en sí mismo es esencialmente ambiguo. El Profeta Jonás anunció para tres días la destrucción de Nínive pero el Rey primero y todo el pueblo después, hicieron penitencia, se

convirtieron y Nínive no fue destruida.

Creo que de la clarividencia y decisión con que se conduzca y se siga la renovación, depende que el proceso sea rectilíneo o no. La figura del próximo Papa, será muy importante para ello, pero dependerá también muchísimo de la fidelidad en el ejercicio de la corresponsabilidad eclesial. En todo caso, el proceso no dejará de ser doloroso y pleno de incertidumbres y angustias para la mayoría, que tendrá que vivir su Fe con gran oscuridad, y muchos serán «tragados» por el proceso. Lo que no quisiera predecir es la otra vertiente apocalíptica, que llegaría a extremos no sospechados ni imaginables, si se produjera un endurecimiento, que haga rebasar la cólera de Dios.

¿SERÁ EL PRÓXIMO PAPA MÁS CONSERVADOR O MÁS RENOVADOR QUE EL ACTUAL?

El próximo Papa debería -lógicamente- ser más renovador. Creo que sería lamentable que así no lo fuera. Pero nadie puede predecir, si el temor y la angustia que domina a fuertes sectores de la Iglesia, no desemboca en un endurecimiento de la misma.

Y NOS UNIREMOS CON LAS OTRAS IGLESIAS...

La secularización del mundo, la desinstitucionalización y descentralización, el mayor pluralismo interno, habrán permitido un decisivo avance en el proceso ecuménico de las Iglesias, pero habrá muchas comunidades cristianas independientes, no integradas formal o jurídicamente.

¿IGLESIA SOCIALISTA? ¿OCCIDENTAL? ¿CAPITALISTA?

Todo lo demás depende del mundo y su evolución. Será el mundo el que condicione y haga cambiar a la Iglesia. No será la Iglesia, sino el mundo, el que podrá haberse vuelto «socialista». La Iglesia tendrá que ser más evangélica y por eso más personalista y más comunitaria al mismo tiempo.

IGLESIA ABIERTA

No me preguntes por qué, pero sentí una gran necesidad de viajar y llegar a Helder Cámara, arzobispo de Brasil que integraba en la reunión del CELAM el grupo de Brasil. Pero esta frase es pobre, no sólo quería conocer a Helder, fui como atraída a él como a algo especial, como si fuera parte de mi camino. Hablé con Ezequiel, director de la revista en la que trabajaba, le pedí un fotógrafo y marché con él a Mar del Plata, inventándome un reportaje a Cámara.

Había quedado con Podestá que él me lo presentaría cuando terminara la reunión.

Conseguí un pase de periodista para entrar en la Asamblea de Obispos Latinoamericanos.

Al salir de la reunión en un receso, mientras iban a tomar un café, Podestá pasó a mi lado, de largo, sin mirarme siquiera. Alcancé a verlo a Cámara.

Fue así que llamaron a la segunda sesión y volvimos a entrar al recinto. Yo me sentía frustrada por el comportamiento de Podestá.

Cuando terminó la sesión me fui rápido a la puerta en medio de un grupo de periodistas. Quería ver salir a Dom Helder, para poder abordarlo y pedirle una entrevista, pero no fue necesario. ¡Fue algo tan natural y sencillo lo que hizo!. Se me acercó espontáneamente, sin presentación alguna me tomó de las manos y me dijo: *"Yo no tenía que viajar a Argentina pero ahora sé por qué. No tema, usted tiene la señal de Dios, aquí, aquí, y aquí"*, sin palabras, tocando mis manos, mi boca y mis ojos, me dijo que yo tenía una misión que cumplir. Así se acercó a mí este pequeño gran hombre, y cuando Podestá vino a nosotros le dije: "No hace falta que nos presentes, Dom Helder y yo nos conocemos desde las entrañas de Dios". El produjo un encuentro muy profundo entre Podestá y yo. Se acabaron los miedos y nuestras almas se encontraron.

Una mañana mientras Dom Helder celebraba la misa, yo estaba arrodillada en la tarima. De pronto apareció el Nuncio Mozzoni que se detuvo

cerca mío. Sus ojos eran de nuevo los que yo le vi en la Nunciatura, despedían fuego, y sus mejillas enrojecidas denotaban su furor. Ya me había encontrado. Pasó, y volvió a pasar nerviosamente junto a nosotros, dos o tres veces más, con su mirada fulminante.

Al terminar la misa y después de desayunar en el comedor del hotel a la vista de los otros obispos, salimos a caminar y le comenté mi experiencia de esa mañana con el relato de la visita que le hice en la Nunciatura de Buenos Aires. Cámara entonces me confesó que él sabía que aduciendo 'directivas' de la Secretaría de Estado del Vaticano, había apalabrado a varios obispos, entre ellos a Podestá, para que formaran un grupo con la misión de neutralizarlo. Entonces yo le aseguré que Podestá no se prestaría a ese juego

Llegamos a Recife el día dieciocho y nos hospedamos en el Hotel Guarapés. ¡Bendito hotel! Pedimos un departamento con dos dormitorios y un baño en el medio. Yo dormí en uno de los cuartos y Ezequiel y Jerónimo en el otro. Sucedió algo curioso: cuando al retirarnos Jerónimo pidió la cuenta, nos encontramos con una factura a nombre de Jerónimo Podestá y Clelia Luro. Le dije a Jerónimo que la hiciera modificar pero él no le dio importancia y prefirió pagar sin hacer ninguna observación. Yo había intuido algo feo. No sabemos bien cómo sucedieron después las cosas, o bien los Servicios de Información nos siguieron, o bien el Vicario de Avellaneda, violando su portafolios y faltando a la lealtad le sustrajo dicha factura y posteriormente presentó la fotocopia al Vaticano.

En Recife, con Helder dialogamos mucho. Hacíamos largas caminatas por la playa.

El veintiuno de febrero pasé uno de mis cumpleaños más maravillosos. Helder había reunido en la noche un grupo grande de jóvenes que nos dieron una serenata con cantos populares del Brasil. Nosotros cuatro nos sentamos en el jardín del obispado, frente a la escalinata donde se habían ubicado los jóvenes. De pronto se apagaron las luces

y trajeron una tarta con velitas. Sentí el calor humano que sólo Helder sabe transmitir, la mirada de Jerónimo plena de gozo, y también la presencia de nuestro amigo Ezequiel en ese ambiente inolvidable.

En Recife pudimos hablar realmente en verdad de nuestra misión en la Iglesia, en Latinoamérica, en el mundo. En un determinado momento Helder volvió a repetirle a Jerónimo: "Clelia será su fuerza..." y vaya si supe después lo que significaba ser su fuerza. Cuánta lucha, pero en medio de ella nosotros como dos niños tomados de la mano y recorriendo este camino duro, difícil y maravilloso. También nos llegó a decir ese día que nuestro hijo sería una ofrenda. Refiriéndose a nuestro encuentro, afirmó que era un misterio profundo: "No es matrimonio, es más que matrimonio, no es celibato, es más que celibato, pero el hijo debe ser una ofrenda, porque aún no estamos en la Parusía".

Helder hablaba un lenguaje profético, sus palabras eran muy claras y al mismo tiempo llenas de misterio.

A veces prefiero no hablar de Helder por dos motivos: primero, porque no quiero implicarlo tanto en nuestro camino, pero así fue, es y será, porque para nosotros siempre fue un poco vivir



con él en otra dimensión, como el vuelo del águila; segundo, porque al hablar de él no encuentro palabras frente a su pequeña y gigantesca figura. El sabrá perdonarme, porque sólo él sabe cuánto y cómo lo quiero y todo lo que significó y significa en mi vida.

CLELIA LURO

CARTA A DOM HELDER CAMARA

En ella podemos ver la amistad y sinceridad con que se comunicaban. Se consideraban realmente «dos verdaderos hermanos».

Dom Helder Cámara
Recife

Querido hermano:

Desde que nos conocimos, su recuerdo, sus consejos y su amistad están siempre presentes. En varias ocasiones hubiera querido escribirle unas pocas líneas, pero mi temor de robarle su precioso tiempo y también mi propia falta de tiempo lo impidieron.

Nos hemos sentido siempre muy cerca suyo.

Hoy tenía que escribirle, tenía que buscar un momento de reposo y tranquilidad y sentarme a conversar con el amigo y hermano del alma, y cuando lo he hecho me he sentido más cerca de Ud. que en ningún otro momento, como si estuviéramos de nuevo juntos como lo estuvimos en Mar del Plata y en Recife.

Nos sentimos muy entregados a Dios. Clelia totalmente y yo tratando de ser cada día más auténtico, pero no nos han faltado incertidumbres. Clelia es muy fuerte, no teme a nada ni a nadie sólo le importa la Verdad. Yo he madurado mucho, pero todavía soy un leño verde.

Al final le copiaré la carta del Nuncio, quizá Ud. pueda hacerme llegar su consejo. He tratado de seguir las líneas de acción y el trabajo que me indicó. No las he cumplido muy bien, pero algo he comenzado a hacer.

Espero el envío de los trabajos que haya hecho sobre el temario del Sínodo y sobre las conclusiones del CELAM de Mar del Plata. Estoy tratando de armar lenta y penosamente algunos equipos de trabajo en mi Diócesis y en el episcopado. Si puedo enviarle algún estudio que valga la pena, se lo haré llegar.

Usted dijo un día de mí: «Es un verdadero hermano». Le aseguro que por primera vez en mi vida supe de verdad lo que es ser hermanos.

+ Jerónimo Podestá

AHORA NO ME PARA NADIE

En la presentación del libro «**La violencia del amor**» de Monseñor Jerónimo Podestá (Buenos Aires, 1968) Arturo Paoli relata el entusiasmo y la esperanza que suscitó en Mons. Podestá la promulgación de la encíclica de Pablo VI «**Populorum progressio**». Tal entusiasmo que le hizo exclamar: «*ahora no me para nadie*».

Y es que hablar de Jerónimo y la vida política es hablar de «populorum progressio» y de su amor por la vida de los obreros de la que el mismo Jerónimo confiesa que fue a ellos «para evangelizar a los pobres, pero en realidad fueron ellos los que me evangelizaron a mí, porque allí encontré al hombre sin artificios, con sus defectos y sus problemas, pero también con su calidad humana» y es que «**la gente me enseñó a amar de verdad al hombre**».

Y a la tarea noble de predicar que «el desarrollo es el nuevo nombre de la paz», que «es preciso darse prisa», que es necesario aceptar que «el desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras»... a esta hermosa tarea dedica Jerónimo múltiples esfuerzos pues está convencido de que «**los problemas de los hombres despiertan el sentido de Dios, porque despiertan el sentido de la justicia y el sentido del amor**».

A Jerónimo, en definitiva, lo que le va a importar «**es el hombre, es la gente, son los pueblos**»

Amor, hombre, trabajo, pobre, lucha sindical, anticapitalismo, antiliberalismo, solidaridad, lucha contra la pobreza, desarrollo, repulsa a lo neoliberal... son palabras (y por supuesto que mucho más que palabras) que motivan su compromiso en el mundo y sólo desde ahí, desde el amor a los pobres y empobrecidos podemos ubicarnos en el evangelio.

Jerónimo era un obispo tercermundista, impulsor de los curas obreros, considerado un «Obispo rojo» como su amigo Helder Camara... pero siempre fiel, consecuente, voz de los sin voz.

El gobierno del general Onganía prohibió toda actividad a los partidos a la vez que se ro-



deó de cursillistas de cristiandad como fieles funcionarios, coincidió con la aparición de la «Populorum Progressio», encíclica que, como hemos dicho antes, suscitó todo el entusiasmo en el joven obispo de Avellaneda, desde la que inició una profunda predicación por todo el país.

Su primera predicación fue en el teatro Roma, de Avellaneda. El teatro estaba repleto. Jerónimo habló con toda la fuerza con que él sabía hacerlo. A la salida del acto había fuego en su curia y escritos en las paredes: «Podestá comunista»... «Pablo VI traidor».

En esta época intensa de predicación de la Populorum Progressio Clelia era ya su secretaria. En una carta a Helder Camara de este periodo Jerónimo relata: *«Nuestro encuentro con Clelia es un misterio maravilloso, nos llena de luz y de paz, nos ha acercado a Dios y nos ayuda a seguir el camino de su voluntad. Es un don de Dios y al mismo tiempo es oblación nuestra... La encíclica última del Papa me ha hecho entrar en otra etapa de mi vida. Esperamos que todo este camino haya sido trazado por Dios, pues nos ha ido poniendo muchas señales»* (cita tomada de «Mi nombre es Clelia». Ed. Los Heroes. Santiago de Chile. 1996. Pag. 151).

Desde la Revista «Imagen» se preparaba un homenaje a la Populorum Progressio, con la única intervención de Jerónimo Podestá para evitar usos partidistas, pero... el freno de la dictadura vino vía nunciatura amonestando severamente al obispo. Cuando Monseñor acudió personalmente a responder al nuncio, este le desvió la conversación y se limitó a preguntarle por «esa señora» (así es como siempre, despectivamente, se refirieron a Clelia en el entramado burocrático de la jerarquía eclesiástica).

El intento de plantear en Roma la situación socio-política de Argentina y la necesidad



**«los problemas
de los hombres
despiertan el sentido
de Dios,
porque despiertan
el sentido de la justicia
y el sentido del amor»**

del gobierno milita, dejaba sólo a los “curitas” en el compromiso político. Y Jerónimo siempre estuvo al lado de esos curas profetas y siempre también frente a los obispos defensores del gobierno. En esta línea cita (pag. 248 o.c.) las palabras de Monseñor Adolfo Tortolo, presidente de los obispos, que le dijo a una interpección: “yo he hecho averiguaciones, y se me respondió que en todo el mundo se usa la tortura”.

Por el año 1972 los obispos se ponen de acuerdo en mandar pastorales sobre moralidad. Para ellos moralidad es sinónimo de sexualidad, pornografía, buenas costumbres... Jerónimo les recriminará que “tristemente no perciben que el verdadero y profundo problema moral que nos afecta es el de la injusticia social, la desunión, la falta de solidaridad y de coherencia del tejido social”.

De esta época es una carta a Pablo VI en la que declara que “en conciencia no puedo dejar de advertir la tremenda responsabilidad de la hora presente que nos proyecta hacia un futuro sombrío, porque la espiral de violencia no podrá ser superada con la fuerza de las armas sino con las armas de la verdad y la justicia”.

El 1 de octubre de 1974 la triple A (Alianza Anticomunista Argentina), siguiendo su costumbre de comunicar y después asesinar, lanza la noticia de que Jerónimo Podestá ha sido asesinado. Le dan 72 horas para abandonar el país. Ese día ya no podrá dormir en su casa. El y Clelia asisten esa última tarde al velatorio del Dr. Silvio Frondizi (la víctima más reciente). Se les facilita documentación... y al exilio. A la salida del país entregan a la prensa una declaración explicando los motivos de su salida.

Y podríamos seguir añadiendo datos y anécdotas de sus idas y venidas, de sus caminatas -acompañado de Clelia- por los aeropuertos de Madrid, Roma, París, Lima....pero estas líneas sólo pretenden ser un retazo y no una historia. Esta será tarea de otros medios y con más espacio. Sabemos que Clelia pretende po-

ner en Internet todos los escritos de Jerónimo.

Aquí sólo queremos dejar constancia del compromiso de un hombre bueno que predicaba con su vida que *«la solución única, verdadera, total, es el amor»*.

En «La revolución del Hombre nuevo» (Buenos Aires 1.969. pag. 87) nos deja Jerónimo estas palabras:

«El amor es la solución y no la violencia. El amor prefiere los métodos no violentos porque reconoce en la persona el valor supremo que hay que salvar y no cae en la idolatría de las ideologías o de los sistemas.

Precisamente, si busca el cambio de las estructuras es para salvar a la persona humana... creo en concreto que el ideal para la superación del capitalismo es el de la revolución por el amor.

Creo sincera y convencidamente que el principal factor de la revolución debe ser la conciencia.»



CARTAS

Carta abierta al Papa Juan Pablo II

Jerónimo José Podestà ex Obispo de Avellaneda y Clelia su esposa, nos dirigimos al Hermano Mayor Juan Pablo, Obispo de Roma, para cumplir con la obligación que a nosotros, los Obispos católicos nos impuso el Concilio Vaticano II; al sancionar el principio de la Colegialidad Episcopal nos impuso también la carga de ser co-responsables en la orientación y conducción de la Iglesia, tal como lo hiciera Pablo ante Pedro en los albores de la cristiandad, en el Concilio de Jerusalem.

El II. Encuentro Mundial del Papa con las familias, a celebrarse en Río de Janeiro los días 3 al 5 de Octubre y el lema elegido: "Si alguien no cuida de los suyos y en especial de su familia, ha negado la Fe y es peor que un incrédulo"; nos mueve a decirle al Papa - con respeto y convicción - que en la Iglesia Católica hay más de 150.000 sacerdotes que han formado una familia. Con sus mujeres e hijos constituyen una realidad eclesial que comprende más de un millón de personas que no recibe de la Institución, ni de su cabeza el Papa, el mínimo de atención y de comprensión que merece.

La inmensa mayoría de estas familias se mantienen con la fidelidad primigenia - e incluso las que por justas razones han debido rehacerse - encierran una ponderable riqueza humana y espiritual, pues en su vida real continúan la consagración sacerdotal al elaborar de muy diversas maneras en la construcción del Reino.

Este grupo humano constituye una notable porción eclesial que podría llenar la Plaza de San Pedro, en donde Juan Pablo II podría impartirles su Bendición Apostólica, pero el Papa ni la ve ni la reconoce la paciencia y la perseverancia de su Fe madura que los mantiene en la lucha por una civilización del Amor.

+ Jerónimo José Podestà,
Obispo

CON EL CORAJE DE VIVIR COMO SE PIENSA

En estos tiempos nacionales en que la hipocresía es una norma y el cinismo un código habitual de comportamiento, el testimonio que ha sido toda la vida de Jerónimo Podestá me parece tan insólito como admirable. ¿Cuántos hombres, aquí o en cualquier parte, tienen el coraje de vivir exactamente como piensan, fieles a su conciencia, en armonía con sus propios sueños? ¿De cuántos podríamos decir: he aquí a un justo, he aquí a un hombre libre, he aquí a un hombre verdadero?

Conocí a Jerónimo cuando todavía era obispo y el mundo entero parecía estar a sus pies. Me enorgullezco de haber seguido siendo su amigo cuando buena parte del mundo --no la mejor parte, sin duda-- le volvió las espaldas. Quiero recordar por un instante esos tiempos, porque la memoria, que suele olvidar aquello que teme, ha retenido sólo las cenizas que esos tiempos dejaron, no las llamas.

Cada vez que Jerónimo hablaba, solían, entonces, arder las multitudes. Jerónimo predicaba la justicia de Dios, no la resignación, el amor y la caridad de Dios, no la dádiva ni la beneficencia. A mí, que me habían educado en un catolicismo de apariencias, de inciensos y procesiones, y que por eso mismo me había vuelto agnóstico, me estremeció la voz de aquel obispo que aludía a un Dios vivo y no a un Dios funerario, a un Dios que se compadecía con los hombres y que no ofrendaba a los hombres, desde arriba, las migajas de una compasión hueca. El lenguaje de Jerónimo encendía a las gentes porque las gentes sentían en él la respiración de la verdad.

Hubo un momento en que a Jerónimo, a él mismo, a lo que había de más íntimo y secreto en su corazón, le sucedieron estremecimientos que un obispo no podía declarar en voz alta. Le pidieron que viviera su historia en silencio. Le pidieron que, violentándose a sí mismo, ocultara lo que sentía. Le pidieron que hiciera lo que nunca había hecho: que mintiera, que llevara doble vida, que fuera hipócrita. Fueron, recuerdo, épocas de tribulación, pero no de vacilación. Jerónimo había vivido demasiado cerca del Poder como para no saber que todo Poder castiga con el ostracismo a los transgresores, a los diferentes, a los que se adelantan a su tiempo. Y sobre todo... sabía que el Poder con el que iba a enfrentarse era implacable, como el de toda sociedad cuya jerarquía está endurecida por la voluntad de no cambiar, de no crecer, de no abrir los brazos. Jerónimo alzó sus gigantescas murallas de coraje, y se lanzó a defender su verdad. Creo que lo hizo no sólo por él mismo sino también por las muchedumbres de fieles que habían confiado en él. Creo que lo hizo no sólo para dar testimonio de la verdad, sino para que supiésemos que la verdad aún seguía en pie en estos tiempos de mentira.

Pronto habrán pasado treinta años desde la mañana en que Jerónimo Podestá, en el hotel situado a doscientos metros de la Capilla Sixtina, hizo una declaración histórica que voy a citar palabra por palabra: «Quiero decir aquí, y públicamente», expresó él, «que no puedo casarme, que no quiero pedir mi secularización porque no debo renunciar a mi condición de pastor. Tengo, es verdad, una amistad profunda, un amor, un verdadero encuentro con una

mujer. Considero ese encuentro como una gracia y no como un pecado.»

Tal vez ahora no sea posible medir en toda su magnitud ese gesto de valentía y de franqueza, la inmensa fuerza interior que hacía falta para navegar contra una corriente adversa, ciega y vengativa. Jerónimo no dudó. Entonces, como durante toda su vida, lo que para él estaba en juego era la integridad de la persona humana. Ningún hombre verdadero puede vivir desgarrado entre lo que cree que se debe hacer y lo que de veras hace. Un hombre dividido entre su lealtad a las instituciones y la lealtad a sí mismo termina por no ser un hombre. Ninguna lealtad es posible hacia afuera si no nace de adentro, de las certezas que fluyen del espíritu.

Esa lección de verdad, ese testimonio de respeto a la propia fe y de fidelidad a los valores de la persona humana, es lo que hoy celebramos en Jerónimo Podestá. **Celebramos que él renueve en nosotros, cada día, la confianza en el hombre, en la fuerza con que el hombre seguirá irguiéndose contra la mezquindad, la mentira y la injusticia. Celebramos que en estos tiempos de indiferencia y de silencio, Jerónimo siga simbolizando la pasión, la compasión y la esperanza.**

Tomás Eloy Martínez
Escritor



DESDE MÉJICO

ESTIMAD@S:

Por especiales instrucciones de Lauro y Cuco, comparto con tod@s ustedes la noticia de **la pascua del hermano Jerónimo**, nuestro obispo casado.

Les comparto una frase que me sacudió cuando la leí a propósito de la muerte del papa Pío XII: **se nos ha apagado esta antorcha en la tierra, para alumbrarnos como estrella en el cielo.**

También la traducción al castellano del antiguo prefacio de difuntos:

Para tus fieles, Señor,
La vida cambia, no acaba.
Y al deshacérsenos ésta,
Se nos prepara otra casa...
Una se nos desmorona:
Otra inmortal se nos alza.

Las luchas que llegaron a sangrarlo tanto entre nosotros, ya han terminado para él.

Aceptemos que no se desentiende de nosotros, sino que optimiza su caridad con la que nos orienta, sus enseñanzas con las que nos sigue alentando y dirigiendo. Como prometía la Doctora de Lissieu, pasará su cielo haciendo caer sobre nosotros una lluvia de rosas.

Que al compartir y dar razón de nuestras esperanzas, no olvidemos a Clelia y su familia. Cuco y yo hemos tenido hoy la ocasión de asegurarle, por teléfono, que la familia de Don Jerónimo estamos regados por todo el mundo; que no se sientan solas, sino confortadas con la oración y las muestras de creciente amor de parte de tod@s y cada un@ de quienes continuamos la lucha de Don Jerónimo: una iglesia verdaderamente fraterna.

Servidor,

Conrado Ulloa Cárdenas.

EL EVANGELIO COMO HORIZONTE

Benjamín Forcano



EL EVANGELIO COMO HORIZONTE

En el primer volumen (360 págs.), aparece como señera la **LIBERTAD**, frente a una tradición moral eminentemente legalista, que desposee al sujeto de autonomía y discernimiento, lo infantiliza y lo deja dúctil y manejable a merced de cualquier tipo de autoridad.

En el segundo volumen (354 págs.), destaca con singular fuerza la **DISIDENCIA**, no como algo coyuntural y caprichoso, sino como un imperativo moral que, vista la historia, se convierte en permanente.

En el tercer volumen (382 págs.), está patente la **ALTERNATIVA**, la lucha por no someterse a la cultura dominante. Quizá sea éste el aspecto más importante, dado que el carácter envolvente de la cultura viene impuesto económica y políticamente por el avasallamiento del pensamiento único.

La obra lleva como título general EL EVANGELIO COMO HORIZONTE.

- 3 Tomos (7.800 ptas.)
- Tapa dura
- Estuche contenedor para toda la obra (800 ptas.)
- 1.096 páginas

P.V.P. **8.600** Ptas.

NOVEDADES

Colección "ALTERNATIVA"

1. EL CUERNO DEL JUBILEO
Primo Casaldaliga
2. EL CHE Y LA TEOLOGIA DE LA LIBERACION
Benjamín Forcano
3. LA IGLESIA DE JESÚS
Rufino Velasco
4. YO CREO EN EL AMOR
Josef García Cascales
5. IGLESIA Y DERECHOS HUMANOS
Jose M. Castillo
6. JUBILEO 2000
Claudio Caracci
7. EL PROBLEMA DEL PECADO ORIGINAL
Dominicana Fernandez
8. LA NOVIOLENCIA COMO ALTERNATIVA
Gonzalo Aron

SIN TIEMPO PARA MORIR

Se sitúa en Cuba, en los años 50-65. Es una biografía novelada del mismo autor, que en la obra hace de protagonista y se llama Lino Brisset. La obra plantea la paradoja de cómo, en aquel momento, un cristiano en conflicto con dirigentes de la Iglesia Católica y un comunista en conflicto con dirigentes de la Revolución no abdica ni de lo uno ni de lo otro. En este sentido, es un ensayo testimonial, pionero, de la auspiciada convergencia entre cristianismo y socialismo.

El protagonista, un católico imbuido de la más rigurosa formación tradicional, resuelve con acierto, aunque disidentemente, el conflicto entre fe y compromiso revolucionario y cuestiona el dualismo, tan arraigado en la Iglesia, entre santidad y abandono del mundo, amor a Dios y amor humano.



320 pp. - 2.300 ptas.

OTROS TITULOS

- LA RELIGION DEL MERCADO
Varios 1.300 ptas.
- ME TOMO LA LIBERTAD
José Casaldaliga 1.300 ptas.
- HERMANO UNIVERSAL
José Casaldaliga 1.000 ptas.
- SONETOS NEOBIBLICOS PRECISAMENTE
Primo Casaldaliga 1.000 ptas.
- COMO UN DIAMANTE
Dominicano Garcia 2.700 ptas.
- SUENO CON UN NUEVO MODELO DE IGLESIA
J. Bellido 600 ptas.
- LA IGLESIA INCREIBLE
J. P. Aguirre 1.100 ptas.
- CRISTIANISMO Y MODERNIDAD.
Varios 1.700 ptas.
- LOS EXCLUIDOS ¿CONSTRUIRAN LA NUEVA HISTORIA? *G. Casaldaliga* 1.300 ptas.
- ROSTROS ALTERNATIVOS DE LA SOLIDARIDAD
Varios 1.000 ptas.



Pedidos a: EDITORIAL NUEVA UTOPIA

Fernández de los Ríos, 2 - 28015 MADRID • Teléf. 91 447 23 60 - Fax 91 445 45 44





**M
O
V
I
M
I
E
N
T
O

P
R
O

C
E
L
I
B
A
T
O

O
P
C
I
O
N
A
L**

Tiempo de estar presentes,
de abrirse al Espíritu,
de no callar, de no desaparecer,
de creer en la utopía evangélica...

SOMOS UN MOVIMIENTO

Que intenta ser amplio, democrático, participativo, acogedor.

Que está **unido a la Federación Internacional de Sacerdotes Casados** (Otros grupos incluidos: Prêtes en Foyer, de Francia; Hors les Murs, de Bélgica; Padres Casados, de Brasil; CORPUS, de EEUU. ...)

Que quiere vivir una **solidaridad especial** con las personas y comunidades que quieran afrontar la realidad del cura casado.

ESTAMOS ORGANIZADOS, aunque no mucho:

- Encuentros periódicos por diversas zonas geográficas.
- Asambleas estatales.
- Coordinación a través de una comisión de delegados de zona.

NUESTROS PRESUPUESTOS:

1. La dignidad de ser personas:

Queremos ser creyentes y personas que luchan por alcanzar la plenitud humana. La libertad para elegir estado y hogar y la transmisión de la vida, como dones de Dios, son para nosotros derechos no sometidos a ninguna imposición de ley.

2. La Buena Noticia:

Queremos estar presentes en el mundo, como signo y como buena noticia.

3. Una Iglesia en marcha:

Nos sentimos elementos activos de una Iglesia que *se va construyendo de continuo*. La convocatoria de Jesús es viva, sorprendente, incansablemente recreadora.

4. Pequeña Comunidad de corresponsables:

Apostamos decididamente por la desclericalización. Queremos vivir la fe desde comunidades que quieren ser iguales.

NUESTROS OBJETIVOS:

1. General:

El Reino de Dios, posibilitado desde la evangelización, impulsado por comunidades de creyentes y vivido en germen dentro de ellas con una efectiva corresponsabilidad.

2. Específico:

Colaborar intensamente, con las comunidades que ya lo están haciendo, en el *replanteamiento de los ministerios en la comunidad: desclericalizar los ministerios*.

3. Operativos:

* *Hacernos presentes* donde se hace y coordina la pastoral. Nuestra opción es por la vida, por el actuar. No se trata de "traer gente" a nuestro movimiento, sino de hacernos presentes donde las personas trabajan y reflexionan.

* Elegir como *grupos de actuación aquellos que priman el trabajo eclesial de base* "desde la perspectiva del sur". De la presencia en lo más tradicional e institucional ya se ocupan otros colectivos.

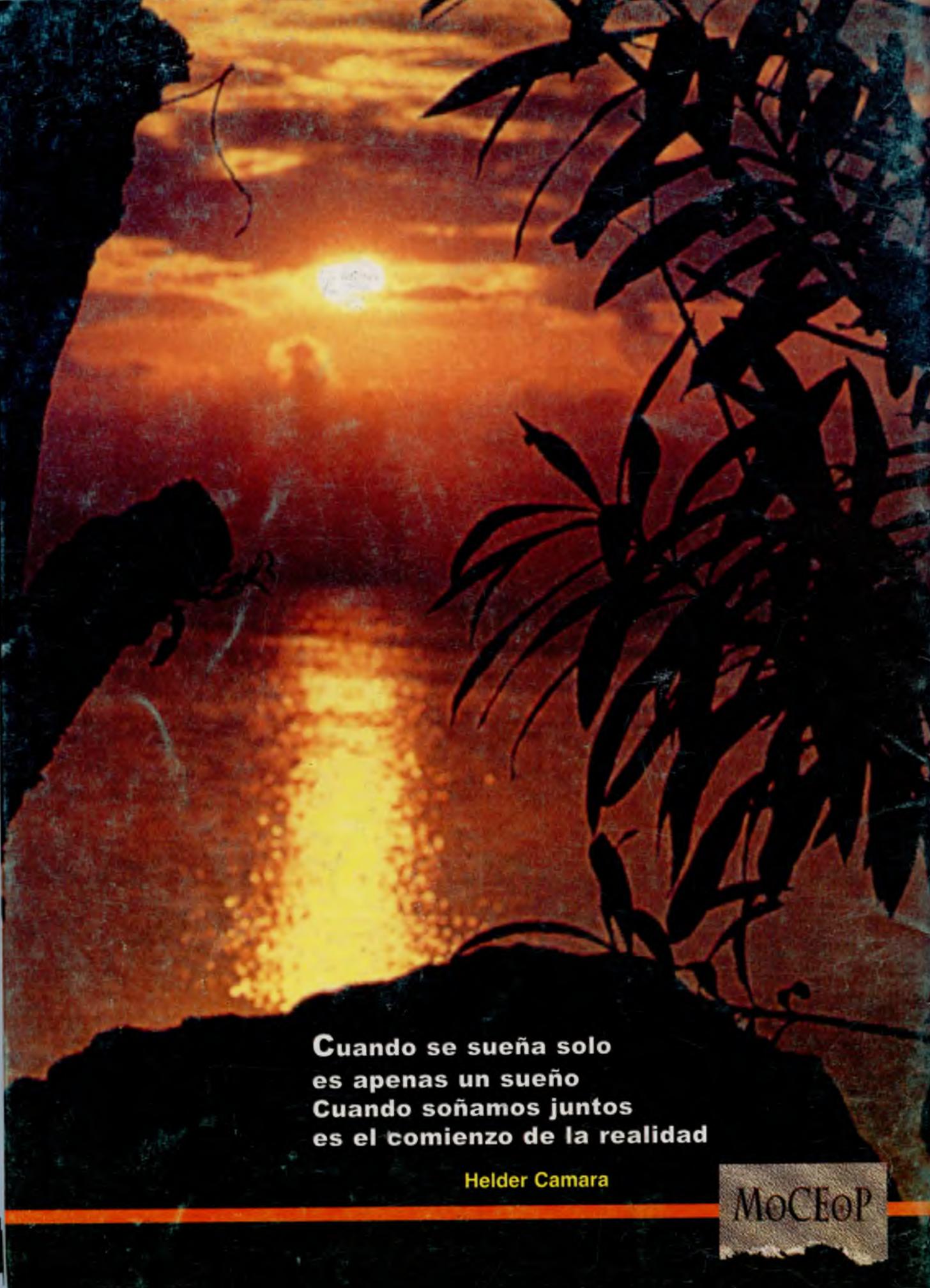
* *Transmitir una ilusión real, un motivo serio de esperanza*, porque ya existen grupos donde la iglesia es cercana, no clerical, abierta al ser humano en todas sus dimensiones, plural, respetuosa, contagiadora de optimismo e ilusión por vivir en plenitud.

* *Aportar nuestra experiencia personal y colectiva*: Es un derecho y una riqueza que ayuda a dinamizar una iglesia muy proclive al ensimismamiento y a la inercia clerical.

* *Acentuar* con todas las personas que llegan hasta nosotros, - creyentes o no, antiguos compañeros o compañeras....- los aspectos de *acogida, atención, ayuda, solidaridad y compartir*.

* *Reivindicar* en cada caso que se presente la *no vinculación obligatoria de ningún ministerio a un sexo o estado de vida*.

* *Luchar por el reconocimiento de los derechos humanos* dentro de las comunidades de creyentes en Jesús.

A photograph of a sunset over a body of water. The sun is low on the horizon, creating a bright orange and yellow glow that reflects on the water's surface. In the foreground, there are dark silhouettes of leaves and a branch, framing the scene. The overall mood is serene and contemplative.

**Cuando se sueña solo
es apenas un sueño
Cuando soñamos juntos
es el comienzo de la realidad**

Helder Camara

MoCEOP